Escribe Suso de Toro: Todo texto contiene su propia posteridad de mayor o menor duración.
La palabra hablada solo existe en el momento en que es pronunciada; la palabra escrita se sustrae al presente, se escapa desde su nacimiento y se aparta del devenir de la vida, precisamente, para que dure y subsista después de ser escrita (las grabaciones de voz y de la imagen pretenden lo mismo que la escritura, la duración, la posteridad).

Papel Literario

FUNDADO EN 1943 • RESISTENCIA

DOMINGO 28 DE AGOSTO DE 2022

Dirección Nelson Rivera • **Producción PDF** Luis Mancipe León • **Diseño y diagramación** Víctor Hugo Rodríguez • **Correo electrónico** riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com • **Twitter** @papeliterario

DE LA MEMORIA >> JOAQUÍN MARTA SOSA (1940)

Abogado y doctor en Ciencias Políticas, Joaquín Marta Sosa es poeta, ensayista, cuentista, crítico literario y de arte, autor de numerosas compilaciones de poesía, individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua y profesor jubilado de la Universidad Simón Bolívar. Los fragmentos que siguen pertenecen a su libro de memorias, *¿Qué hacer con la vida?*, todavía inédito.

JOAQUÍN MARTA SOSA / ©VASCO SZINETAR

¿Qué hacer con la vida?

Fragmentos

JOAQUÍN MARTA SOSA

(Apertura) *Antes de abrir estas puertas adelanto que si bien no las repruebo, las memorias no son de lo que más me conquista. Escribirlas me parece (casi siempre, no siempre) un homenaje a cierta la egolatría, a un engreimiento difícil de ponerle coto. Lo mismo me sucede con los diarios. Eso de llevar una contabilidad de cada día supone admitir que es importante solo porque el o la diarista lo vivió o, especialmente, porque lo vivió él o ella.*

No obstante, también repruebo a quienes detestan a los que escriben memorias o diarios. Que cada uno escriba lo que necesite o suponga que se le da bien o que le viene bien. Que cada quien emplee sus días y los sopese como mejor le venga en gana.

Así que este intento de escribir espero que no derive en unas memorias, que se mantenga suficientemente lejos de sus prados. Si al final adquiere algún atisbo de memorial, quedará demostrado, una vez más, que lo mejor que sabemos hacer es contradecirnos a cada paso. En todo caso, lo antes escrito lo está solo con la finalidad de obtener suficiente ánimo como para ponerme en evidencia, y que mis paradojas, inconsecuencias e incoherencias comiencen a masticarme y lo hagan bien.

(4) Estoy sesenta y ocho años atrás. Lisboa es el punto de tránsito para irme acercando a Venezuela hasta llegar finalmente a sus tierras. Es la primera vez en mi vida que desayuno fuera de la estancia de comer, y que servía para muchas otras cosas, de la casa de Nogueira. Es también la primera vez que entro en un restaurante. De todo eso me voy dando cuenta y lo registro. El restaurante es el de un hotel limpio y más bien pobre, unas diez mesas, todas, menos una, la nuestra, ocupadas por trabajadores o agentes viajeros de tránsito. Los veo afanarse con sus cuchillos relucientes, sobando con ellos unas rotundas rebanadas de pan y su masa densa y blanquísima se va coloreando de un amarillo húmedo y brillante, se las llevan a la boca y mastican con avidez. Por más que paso y repaso mi cuchillo en la masa de mi pan el milagro no ocurre, persiste sí, en su blancor, y pese a mi consternación mis repasos no lo amarillean en absoluto. Me pongo a lagrimear, tiro pan y cuchillo sobre la mesa. Mi tío-abuelo y mi mamá se sobresaltan. No se me pone amarilla como a ellos, grito. Bueno, agarra un pedazo de lo que está en este tarro y ya está. Los sentados en las mesas vecinas se dan cuenta y ríen. Me siento ridículo. No obstante, hago lo que dice mi tío-abuelo y, en efecto, mi pan adquiere su pátina húmeda de amarillo. Como, pero no me gusta tanto. Será por el tropezón en que me ha hecho incurrir.

Así descubrí la mantequilla y nunca olvidé que fue la causa de mi primera conducta risible, de la primera razón en mi vida, también lo registré, en que me hice risible. Nunca pude reconciliarme con la mantequilla. Jamás le permití ingresar en mis gustos favoritos, ni siquiera cuando se presentó ante mí en países donde tenía fama de sustento indispensable.

Pero con ella, más allá de lo perecedero, descubrí que el único mundo no era Nogueira, que otros mundos había y muy distintos, y para no dar resbalones debía mantenerme alerta porque cada mundo, más allá de Nogueira, debe tener su modo de ser atendido y comprendido. Y en ellos Nogueira, más allá de la nostalgia (que solo apareció muchísimos años después), me serviría de poco. En el entretanto se me hizo claro que el episodio chusco de la mantequilla, la rebanada de pan, el cuchillo y yo, fue mi primer encuentro con la vida urbana y mi alejamiento definitivo de la apacibilidad rural, fue mi primer entendimiento de que siempre sabremos menos que la realidad. En fin, entró en mi conciencia la menesterosidad, ese árbol que te va cubriendo más y más a medida que despojas calendarios, y lo hizo de una manera tremenda: mi familia era pobre y yo era pobre junto con ella.

En aquel entonces me la formulé de un modo un tanto ruidoso: "yo no quiero que los pobres sean iguales a los ricos, sino que los pobres tangan mantequilla y los ricos no".

(7) Yo formé filas con los seducidos por la revolución. ¿Si la revolución no era posible de qué valía vivir y para qué? No tengo ni excusas ni perdón, lo que tenía era un entusiasmo hipnotizado detrás de la obcecación de no pasar por esta tierra como si no hubiese pasado. De allí también mi temprano interés por la literatura, en especial por la poesía. Forma, quizás y pocas veces, de no pasar desapercibido. Todavía no sé si en mí se trataba de no pasar sin dejar huella o de no pasar sin contribuir a que el mundo fuese un lugar algo mejor para unos cuantos, los de mi país al menos. O, ¿se puede desear menos cuando ves despuntar tus veinte años? En fin, que mi huella, si alguna quedara, no fuese para impedirlo.

¿Hay algo de original en ello? No, nada, tengo que admitirlo. Solo reivindico que también me conté entre esas huestes, y visto lo que habíamos visto y leído, paulatinamente le dije adiós a la revolución (un adiós más difícil que el que le dispensamos, mientras el corazón se nos rompe, a un amor sin límites) y me aparté de planes de fusilamiento contra cualquiera, fuese inocente o culpable, que no se adhiriese a nuestras proclamas, o de participación en guerrillas, y me convencí de que el cielo no se podía tomar por asalto ni de ninguna otra forma. La verdad es que no podríamos ponerlo nunca a una distancia menor de la usual, pero sí con un más vivible, más amable, menos tóxico y más liviano existir, para un grupo de gente que podría ir creciendo a medida que el tiempo se desplegase y la sensatez consistiera en añorar un país normal para gente normal, síntesis, acaso, de la forma lograble de esa elusiva y muy escasa felicidad que alguna vez se nos puede poner a tiro.

Para subrayar lo antedicho: no dejé la revolución para irme a los muelles de dinosaurios y carcamales. Allí nunca estaré, al menos es un propósito que he venido cumpliendo día a día. He sido miembro de partidos vinculados al socialismo democrático, o de rostro humano como se dijo de él en la Europa de los 70. Participé en movimientos que quisieron hacer del cristianismo una levadura para el socialismo de textura democrática. Llegué a ser directivo del Movimiento al Socialismo (MAS) de Venezuela, que proclamó esas mismas finalidades. Integré la Comisión para la Reforma del Estado (Copre), cuyo objetivo fue ampliar el espectro democrático del sistema político venezolano. Hasta ahora, que me he dado de alta en la política militante y prefiero su ejercicio de un modo menos cerrado y más impregnado de libertad de criterio y consciencia. Ignoro a dónde me llevará esta deriva controlada, pero sí que no será a los territorios del inmovilismo, del conservadurismo o del revolucionarismo que termina siendo la otra (y misma) cara de la moneda de los reaccionarios de cualquier pelambre.

(20) Reaparece en mi recuerdo, cómo impedirlo, el tío-abuelo que creyó a pies juntillas que la del *Quijote* era la más grande historia jamás contada, y que ninguna otra valía la pena, aunque nevase, el viento cortara como el odio y yo incurriese en pecado familiar al escucharlo. Vuelve de entre las brumas la suave maestra Elena con el enorme libro en sus manos propensas a la eternidad, como si quisiera expedirme un destino. Retorna Rafael, el loco apacible, abriéndose paso desde las desaparecidas montaracidades de Agua Salud, con sus enmarañadas narraciones de acontecimientos en la Sierra Morena, cuya certeza sin falta comprobé en cuatro capítulos sin desperdicio del *Quijote*.

En fin, una lectura que terminó por ser un exceso de aprendizajes y de pulimentos para el alma, gracias a esa certeza tan definitiva que se nos convirtió en principio fundante de nuestras aspiraciones de vida según una poética quijotesca, aquella que no abdica de ser radicalmente creadora. Esa que consiste en darle entidad a mundos paralelos que se introducen en el nuestro y son capaces de sustituirlo a causa de los dones y fuerza de su veracidad tan peculiar. En fin, esa que desmiente, desde la imaginación de vuelo sin reposo, a la realidad de nuestras existencias tangibles y su parca y pálida cotidianidad.

Al *Quijote* terminé de leerlo como el alegato mayor, el más alto y perdurable de cuantos se han escrito, en contra de la rutina, de lo predecible, y a favor de crear y abrir todas las puertas que den a los vastos campos de Montiel, a las Cuevas de Montesinos, es decir, a lo anchamente posible, pero ¡ay!, extremadamente improbable.

(continúa en la página 2)

Esta edición PDF del Papel Literario se produce con el apoyo de **Banesco**

¿Qué hacer con la vida?

Fragmentos

(viene de la página 1)

Lo cierto es que no llegaremos a saber, como tampoco lo sabía él en su lecho de muerte, dónde termina la verdad y comienza la posibilidad, dónde la mortalidad y dónde la inmortalidad, él, que creyó que moría cuando lo cierto es que comenzaba a vivir una vida que se va pareciendo a la eternidad. De allí que nuestra tarea en el mundo no tenga fin, al menos mientras él exista y nosotros existamos sobre él.

Por fortuna, en esas fechas me escribió un amigo y en su carta citaba a un filósofo del que era discípulo. Su maestro le proponía como lema de vida: *desobedece por si acaso se puede*. No es seguro que se pueda, me decía, pero hay que intentarlo. Don Quijote lo hizo. Ese me pareció entonces que era su verdadero testamento y no el que leen al final de la novela. Hoy creo lo mismo.

(22) Política y literatura, de las que Briceño Guerrero expuso que una y otra se entrelazan en el espacio común de la ética y la estética, puesto que política implica una apuesta ética y literatura una de naturaleza estética, pero ambas participan en algún grado de las dos, pues no hay bien que no sea bello ni belleza que no resulte en bondad. Puede que sí, pero quién sabe.

En todo caso no son pocos los escritores altos que se han incorporado a la política. Ahora recuerdo, desde luego, a Gallegos y Uslar Pietri, también a Andrés Eloy Blanco, o a Manuel Alegre, el portugués, y Senghor el senegalés; Vargas Llosa, o a guerrilleros como el salvadoreño Roque Dalton, poetas como Cardenal, el nobel Václav Havel. En todo caso, suele ser muy extraño el literato que se desentiende por completo de la política y de las presencias del poder. Este les resulta enormemente atractivo y fascinante, o sórdido y amenazador, por lo que jamás les resulta indiferente. Y los candidatos a presidencias buscan abrillantar sus campañas proselitistas con uno o dos escritores relumbrantes. En fin, el asunto está bastante visto y trillado. Y en mí esas dos polaridades nunca se han llevado con modales amistosos. Pero también es verdad que una me llevó a la otra y la otra me llevó a la una. Han sido caminos de ida y vuelta, de alejamiento y retorno.

¿Qué han sido, es mi pregunta nada reciente, qué han sido realmente para mí?

En fin, todo lo que me parece saber de la vida creo que, alguna excepción hay, lo he paladeado en la literatura más que en la filosofía y en los análisis. Y ahora, con más años encima de todo lo que soy, por tanto con más apego a mis gustos sobrevivientes, me siguen salvando las novelas, algún libro de relatos y, ocasionalmente, este o aquel poema o poemario, y muy de año en año uno que indague en nuestro estar (del ser ya me he desprendido, creo). Siempre me ha interesado más la imaginación que la constatación derivada de los largos recorridos conceptuales. La verdad es que al único filósofo que he logrado leer sin sofocarme es a Savater, mientras que su obra literaria me sabe a menos. En su caso se han invertido mis paladares, y creo que para mi bien.

En verdad, medito ahora, nunca he sido propiamente un intelectual, sin que me disgusten las ideas, por el contrario, no han dejado de interesarme nunca, pero no es mucho lo que hago con ellas a la hora de escribir. Más bien soy de esos personajes en quienes predomina la pasión, las emociones, la sentimentalidad. La intuición y cierta tendencia a la impulsividad espontánea dan mejor mi perfil. Por eso he sido un político más bien irregular (aunque en ella creo que no he perdido del todo mi tiempo, mis militancias me enseñaron mucho, quizás).

De todo esto solo extraigo que por algo ha sido que al alejarme de la política lo fui haciendo de la literatura, al menos de la escrita por mí. Es que una sin otra, ya lo he dicho, no dan buenos platos.

(45) Llegado a este punto trato de recomponer lo que me tuvo desvelado a lo largo de la madrugada. ¿Cuál sería el relato de mi vida? Nació en una aldea portuguesa que, salvo sus habitantes, nadie más conoce y nadie más ha oído hablar de ella. A los seis años, siguiendo a su madre que, a su vez, seguía a su marido, se convirtió en un emigrante infantil. Venezuela fue su país de arribo y acogida, donde llevó a cabo su educación sentimental y moral. Encontró la literatura antes que la política y el deporte antes que la literatura. El deporte fue su pasión incondicional (ciclismo, fútbol y en grado menor el béisbol, o, avanzados los años, el tenis).

La política condensó su afán por hacerse de unas raíces definitivas en un país que no era suyo. La literatura, sin constituir propiamente una pasión para él, se convirtió en su constante fuente de reafirmación (el dominio a fondo de una lengua distinta a la de nacimiento) y de compañía (sus largas vacaciones escolares pasadas en una casa rodeada de soledad despoblada, leyendo, leyendo), el origen de sus primeras vanidades (dos o tres premios a lo largo del bachillerato y el reconocimiento concesivo de algún poeta que tuvo como profesor de literatura). Convertido en esposo un poco tardíamente (a comienzos de sus treinta años), y en padre sin destrezas un poco después. De pocos amigos, ensimismado, mejor escucha que conversador, nunca demasiado seguro de sí mismo, de sus quehaceres, del valor y resultado de sus oficios. Tímido a rabiar (esto ha cambiado algo en su vejez), condición que disimulaba gracias a unos ciertos dones para la oratoria (política o discursiva). Su mejor recuerdo de juventud fue el inesperado aplauso ruidoso y prolongado que recibió del Aula Magna abarrotada cuando le correspondió graduarse como abogado. Llegó a esta profesión porque era más probable que le permitiera vivir que los estudios de Letras. Las tareas de abogado las abandonó en menos de un año y las sustituyó por el profesorado de literatura que, hasta hoy, es de lo que ha podido vivir, bastante menos holgado en los últimos años.

Careció por completo de olfato comercial, remiso a todo aquello que supusiera negocio, compra, venta. La economía, como la gramática, fueron sus enemigos. La primera fue sustituida por un dejarse llevar gracias al sueldo universitario y sus incrementos derivados de los ascensos escalafonarios sucesivos. De la gramática no pudo prescindir, lo ha perseguido toda la vida, pero se venga de ella escribiendo gracias a la imaginación y al instinto, sin ocuparse en exceso de las reglas. ¿De las artes? Las bellas artes le interesaron siempre (pintura, escultura) pero menos a medida que las fue fagocitando el experimentalismo, la geometría, el colorismo. Le gustaba que expresaran una historia, que contuvieran un relato. El buen cine le fascinó. En su memoria siguen vivas dos películas: *Beckett* (con Richard Burton y Peter O'Toole) e *Ida*, polaca, donde la revisión del tema judío y comunista durante la Segunda Guerra alcanza hitos memorables, a pesar de que su tema es la fuerza de la fe. Una secuencia en ella, apenas una ráfaga sorprendente, de estremecimiento absoluto, plasma un suicidio como nunca nadie ha podido hacerlo. En música adoró la popular latinoamericana cantada por sus grandes voces: Pedro Vargas, Jorge Negrete, Leo Marini, Alfredo Sadel, Alfonso Ortiz Tirado, Carlos Gardel, Felipe Pirela, ninguna voz femenina le entusiasmó salvo las grandes del fado: Amália Rodrigues, Katya Guerreiro, Ana Moura. En la clásica le aburrió la ópera, salvo cuando se traba de las grandes arias, aquí sí le interesaron las voces femeninas (Callas, Tebaldi, Victoria de los Ángeles) y entre las masculinas ninguna mayor que la del sueco Jussi Bjoerling. Al final se aficionó a los seriales policíacos de televisión y a las miniseries británicas que le permitieron trasegar sin muchas complicaciones eso que podríamos llamar "los tiempos vacíos".

> **"En todo caso, suele ser muy extraño el literato que se desentiende por completo de la política y de las presencias del poder"**

Personajes: su tío-abuelo Antonio (le descubrió los libros), su madre (despiadadamente amorosa en su afán de limar las asperezas del padre), y (siguiendo a los chinos) sus "maestros negativos", casi todos los jefes políticos que pudo conocer. Al final, bajo la influencia, probablemente, de un viaje a la India, decidió irlo dejando todo (la escritura, la política) no así el deporte (como espectador) ni la lectura. Sus recuerdos finales fueron para aquel adolescente que robaba libros y discos en las tiendas porque no tenía dinero y no podía vivir sin ellos, y sus dos hermanos que no conoció (su madre no tuvo el dinero necesario para tomarles fotos), muertos por hambre en la Nogueira de los años de la guerra, donde él aprendió que en unos buenos tragos de agua el hambre se ahoga al menos por un tiempo (en Nogueira no tenía toda la comida que necesitaba, pero el agua era abundante). Y, claro, el día que asistió a su primer concierto: la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvorak, una revelación de la que afortunadamente todavía hoy no se ha repuesto.

La verdad es que el relato de cualquiera de nosotros cabe en pocas palabras, en escasos eventos y en recuerdos cuya cantidad nunca es superior a los dedos de una mano.

(86) Desde hace unos cinco días me he afanado revisando gavetas, carpetas, sobres con papeles, cartas, postales, fotografías, todos y cada uno guardados sin que nadie los visitara salvo el polvo y el olvido, desde cincuenta, cuarenta, treinta años atrás.

Viendo con cuidado cada uno de esos restos me comienza a habitar la cabeza un tiempo, varios tiempos, que pereció o perecieron, que se despidieron de mí y yo de ellas sin algaradas ni algarabías. Simplemente fueron dejando de estar las personas de esas fotografías, los proyectos que nos conversábamos en esas cartas, los viajes que recogen las postales, los propósitos que develan otros papeles. Son los rastros casi geológicos del tiempo y de los tiempos por los que pasé y que pasaron por mí.

Reconozco a casi todos los que están en esas fotos, pero sobre otros ignoro quiénes fueron en mi vida. Esto crea en mí una congoja que me turba de lágrimas la garganta. Qué falible y casi fracasada resulta ser casi siempre la memoria. Me hace sentir torpemente desagradecido. A los que reconozco y he perdido de vista hace años no hago sino preguntarles (y preguntarme) qué han hecho todos estos años, dónde están ahora. Nadie responde y yo no puedo responderme.

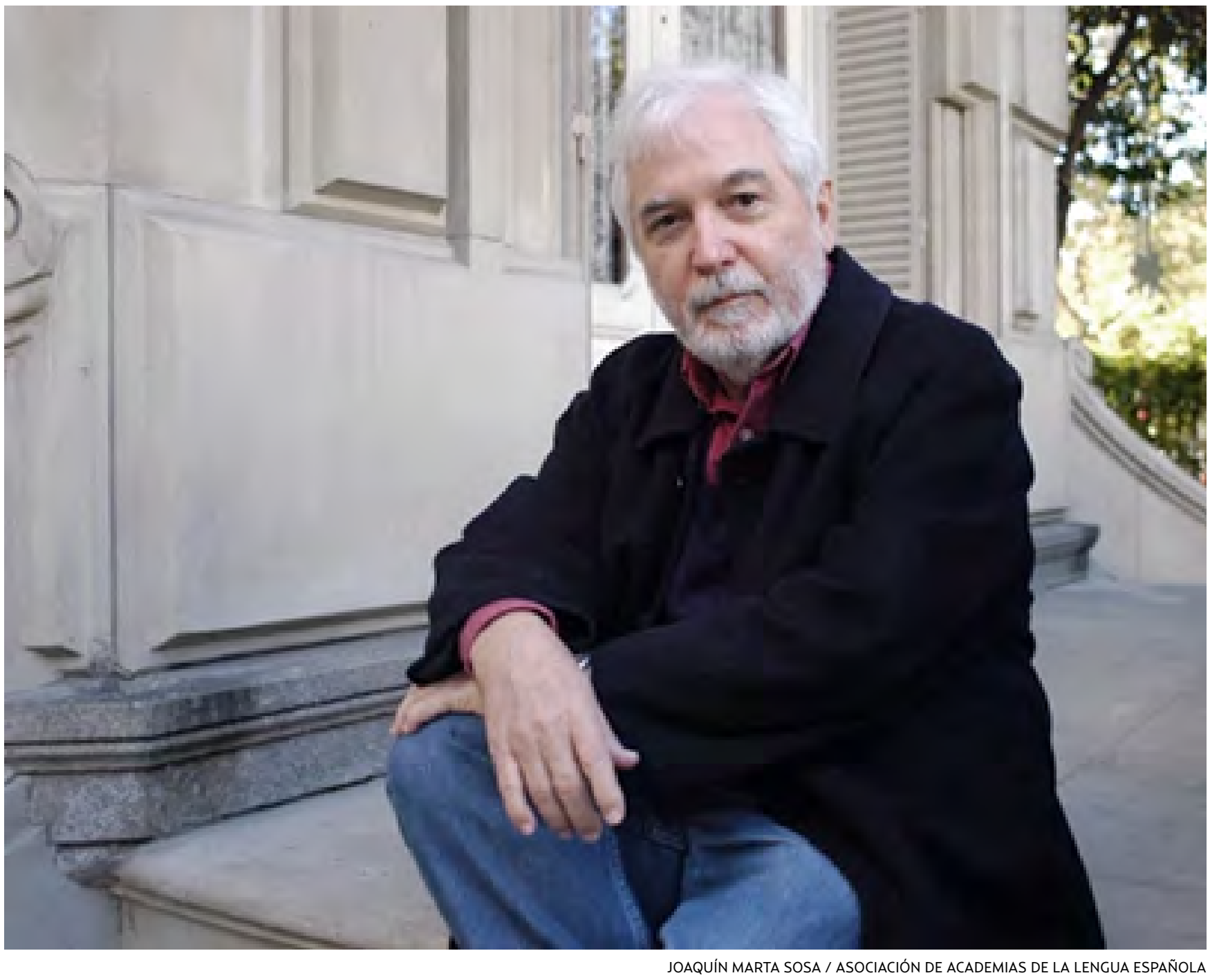
Ante la foto del grupo de estudiantes que pusieron, entre otros, mi nombre al frente de la promoción de bachillerato, recorro uno a uno todos los rostros. Todos los nombres se me han olvidado. Apenas sé que la quinta por la derecha en la segunda fila vino desde Brasil, su padre era diplomático. El solitario en la fila más alta estudió agronomía y una vez, fue la última, nos encontramos en la universidad. El que se acuclilla en primera fila, al centro, era mexicano y le gustaba mucho el teatro. La que está a mi lado izquierdo muy poco tiempo después se fue con sus padres para Canadá.

¿Qué fue de ellos? ¿De cada una, de cada uno? ¿Alguno de ellos me habrá recordado alguna vez, habrá sabido algo de mí alguna vez? Ignoro por qué estas preguntas se han convertido, de pronto, en importantes para mí, me rompen de pesadumbre el pecho.

Allí está, fosilizado, aquel pasado, aquellas mujeres, aquellos hombres, de ninguno de los cuales recuerdo nada amargo, salvo ahora este olvido en que se envuelven sus nombres, sus rasgos. Fosilizado, sí, inmóvil para siempre, pero que ahora, ante estos ojos que los años me han construido, deviene en cálido, en pleno de rumores lozanos, en apetecible.

Las postales de ciudades y paisajes sustituían mi aversión por las cámaras fotográficas, algunas de las cuales tampoco puedo identificar con precisión: este enorme edificio neoclásico, el río al pie de colinas soleadas, la enorme avenida que culmina en un conjunto escultórico, este bar desde el cual, debe estar en lo alto de un edificio, se divisa casi entera la ciudad ¿cuál?

(continúa en la página 3)



JOAQUÍN MARTA SOSA / ASOCIACIÓN DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA

DE LA MEMORIA >> JOAQUÍN MARTA SOSA (1940)

De Nogueira y Sarría

"Ha habido entre nosotros una silenciosa hermandad señalada por mi admiración hacia su sólida sabiduría; una hermandad también fundada en el hecho de que ambos intentamos de modo persistente que la poesía escuche el amor que le profesamos"

JOSÉ PULIDO

JOAQUÍN MARTA SOSA / GUILLERMO RAMOS FLAMERICH

Cuando se pronuncia el nombre de Joaquín Marta Sosa, surgen de manera espontánea múltiples expresiones en relación con su trayectoria:

-Es el portugués rebelde de Sarría
-Es el periodista
-Es el profesor universitario
-Es el poeta venezolano
-Es el señor de la Academia Venezolana de la Lengua
-Es el Joaquín de Tosca

(Joaquín está casado con Tosca Hernández, una apreciada y conocida socióloga e investigadora en criminología. Tienen un hijo llamado Rodrigo)

Para sus amigos, que lo conocemos y admiramos, Joaquín Marta Sosa es un sabio perfectamente estructurado, un intelectual de gran fuerza y un hijo ejemplar de la Venezuela que fortaleció su corazón de pueblo con la dignidad que llegó desde diversas naciones desafiando tristezas históricas.

Joaquín Marta Sosa comprendió a edad muy temprana que el lenguaje y la sangre circulan al mismo tiempo, andan emparentados para que el cuerpo y el alma compartan una vida en la que se pueda ejercer con sinceridad y eficacia el ejercicio de preguntar y responder, de interpretar y resolver, de decir y de crear.

Y ese comprender esencial le vino como reacción de la sensibilidad que se despertó en su adolescencia rechazando todo lo que conllevara violencia. Joaquín Marta Sosa es un espíritu apacible, incapaz de no estar enamorado de la belleza y de la poesía.

Joaquín siempre recuerda los truenos, la tempestad, la tormenta que azotaron esa sensibilidad cuando en compañía de su familia se preparaba para viajar a Venezuela; arrumaban maletas dispuestos a embarcarse hacia un país desconocido. Joaquín tenía siete años de edad y el fuerte viento le arrancó un paraguas que le habían dado para que no se mojara. El paraguas negro se fue alejando como un extraño murciélago hasta que ya no se vio más. El niño sintió que toda su vida iba a cambiar. Él aseguraba y creía, que se dejaba arrastrar a una diáspora en contra de su voluntad.

Esa aseveración formó parte de lo que dijo a Petra Simne Jelisich cuando ella le preguntó *¿Por qué escribes?* Y entre otras confesiones Marta Sosa especificó:

"Yo no escribo para que me quieran más. Yo creo que escribo porque necesito querer más y creer más. Y todo desde esa madrugada de espanto y que jamás olvidaré, vaciada en torrentes de agua que todavía hoy creo escuchar muy al fondo de los oídos de mi corazón, interminable en su llamado y hacia el que algún día iré, espero que con la sonrisa del que vuelve a encontrar los dioses perdidos"

A veces he pensado que el poeta perdió su sitio verdadero, su lugar íntimo, y que solo pudo reconstruirlo en la escritura, más que reconstruirlo ha logrado con el lenguaje poético y su modo de vivirlo, una emanación del territorio original.

En estos días he estado pensando en Joaquín. He leído sus ensayos y sus poemas y sé que pronto cumplirá ochenta años. Aunque desde hace mucho tiempo tiene el cabello y la barba muy blancos, nunca perdió su aspecto de muchacho. Creo que la sonrisa que se trajo desde la adolescencia es el secreto. Y su modo de comentar cualquier cosa, que generalmente es alentador, comprensivo.

Joaquín Marta Sosa y yo hemos estado juntos en varias ocasiones a bordo de aventuras donde había que escribir para vivir, cada quien haciendo lo que sabe hacer y lo que debe hacer. Ha habido entre nosotros una silenciosa hermandad señalada por mi admiración hacia su sólida sabiduría; una hermandad también fundada en el hecho de que ambos intentamos de modo persistente que la poesía escuche el amor que le profesamos.

> **"Joaquín Marta Sosa es un espíritu apacible, incapaz de no estar enamorado de la belleza"**

Joaquín Marta Sosa es un hombre que ha sobrevivido a todas las violencias, las del odio y las del amor, las violencias de perder un país y ganar otro, y lo ha hecho esgrimiendo el lenguaje, el manejo del idioma como quien escoge la mejor de las armas. Y no ha perdido ninguna batalla en ese terreno.

En Sarría, como emigrado, aprendió a conocer lo que era Venezuela y aceptó los caminos que su nuevo país le trazaba. En Sarría, quizás deseó ser un luchador rebelde buscando el cambio de una sociedad, de una mentalidad; pero la violencia acechante nunca le permitió ser un pez en las oscuras aguas. Y las vueltas que da la vida, como quien dice, hicieron brotar de su conciencia un discurso que iba a requerir todo su esfuerzo intelectual y poético para depurarse y expresarse con dignidad y certeza.

En ningún instante su poesía deja de hablar por él, de comentarlo y reflejarlo. Creo que toda su escritura es así: un espejo de su estructura interior. Podría esbozarse caprichosamente la teoría de que Joaquín quería ser agricultor o sencillamente quedarse como habitante de Nogueira, haciendo algo que respondiera a una necesidad auténtica y natural de un poblado con raíz celta, que en 1940 tenía ochocientos habitantes. Pero todo se confabuló para que Joaquín escribiera. Para que dijera con su voz de bruscas claridades y de antiguas resistencias, lo que todavía sigue diciendo.

Joaquín Marta Sosa pertenece en realidad al lugar de la poesía, donde fallecen las tormentas y renacen los amores. EN

¿Qué hacer con la vida?

Fragmentos

(viene de la página 2)

Los papeles con nombramientos, convocatorias, informaciones múltiples, invitaciones, qué son ahora sino voces sordas de quién sabe qué situaciones, eventos, compromisos. Solo me dicen silenciosamente de una buena parte de cuanto he hecho o tenido que hacer varias décadas atrás. Me dan noticias de los muchos que he sido, quizás.

Cartas, cartas, cartas que por serlo todavía me hablan y las puedo escuchar con cierta claridad. Y me regresan a ese tiempo donde todavía las escribíamos y las enviábamos, nos las escribían y nos las enviaban, de aquí para allí iban y venían, en aviones y barcos que a veces se cruzaron en sus rutas. Ese tiempo donde solo nos enterábamos de lo ya pasado, con una semana o quince días de retardo, y a veces hasta meses. Y eso no lo resentíamos, como resentimos ahora si alguien no contesta el email o el whatsapp de inmediato.

Otro tiempo, otros y distintos los movimientos, los flujos. Un tiempo donde valía el papel escrito, no importa si mecanografiado, pero siempre con una frase a pluma y la firma tras la línea final.

Al ver y leer estas cartas de instantes tan remotos siento una nostalgia franca por ese personaje que, en su enorme bulto, a veces a pie, otras en bicicleta, y ya al final en moto, convertía en palabras y noticias el silencio de días, semanas o meses del pariente, del amigo o la amiga, los acontecimientos ignorados de sitios lejanos, en los que habíamos estado y en la mayoría de los cuales no he estado nunca.

Objetos que en su revuelta mudez nos hablan de nuestro signo. El de ir ganando poco y perdiendo mucho por el camino. El de ser en nuestra más honda intimidad esos recuerdos, a pesar de olvidarlos, de irlos acumulando ahora en una enorme y mortuoria bolsa negra que irá a parar a quién sabe a qué vertedero donde, a lo largo de días pastosos, se convertirán en cenizas para que ya ni siquiera tengamos a mano, no lo que perdimos, sino lo que relataban con las chispas y llamas y lágrimas que al verlas se encendían en mi garganta, mi cabeza y mi corazón.

En todo caso, me digo para aliviarme, ese era su destino irremisible, en mis manos o en manos de otros. Pero al ser en las mías, al menos es posible este último encuentro, u homenaje, entre lo que hemos archivado a lo largo de años y lo que somos, soy, ahora. Ambos destinados a no ser, ambos abocados, al desaparecer, a ni siquiera poder olvidar ni recordar. Quizás esas dos facultades son las últimas que perdemos antes de apagarnos del todo.

No obstante, fue hermoso encontrarse con este material tan variopinto, tan diverso, alusivo a cosas dispares y distanciadas en tiempos y lugares, pues a pesar de que devino en deshechos al final de su recorrido por este mundo, me regaló en estos cinco días una plenitud de emociones y, ante todo, alguna certidumbre de que varios de mis pasos no fueron del todo inservibles. Sí, me hago cargo de que esta certeza vale de muy poco, al final se irá a pique cuando a pique me vaya yo. Pero tengo la ilusión de que sea como una de esas estrellas que, ya apagadas, su fulgor sigue recorriendo el espacio. Sí, también lo sé, se trata de la eterna tontería de querernos inmortales. Y para qué otra cosa sino para esta se escriben las memorias. Que también caerán en alguno de los agujeros negros donde va a parar casi todo, o todo, lo que fuimos e hicimos.

Y desencantarnos por ello tampoco vale de mucho. El encanto de olvidar y de convertir en cenizas los materiales del recuerdo es que lo vivimos y, mucho o poco, aún vive en los tejidos de cada una de nuestras células, donde alienta todavía lo que heredamos de nuestros padres y de los padres de nuestros padres. Es decir, lo que heredamos de todos los de nuestra especie, y de otras.

Uno de los mejores relatos de, Gustavo Díaz Solís finaliza así: "Árbol de aire el recuerdo crece en el silencio y la soledad", y añado yo: y hacia la soledad y el silencio se encamina.

(133) La vejez resulta una larga nostalgia, así como la juventud concluye como una rápida decepción. Con el envejecer te despides y se despide de ti todo aquello que la vida tuvo de amable contigo, de entrañable, de afectuoso, y los rencores nunca resueltos quedan de lado, los fracasos se oscurecen en los ojos de la memoria. En la juventud esperas mucho de todo, incluso de ti mismo, es el divino tesoro de Rubén Darío que se diluye en distanciamientos, desilusiones, conciencia quemante de los límites (de los tuyos en especial).

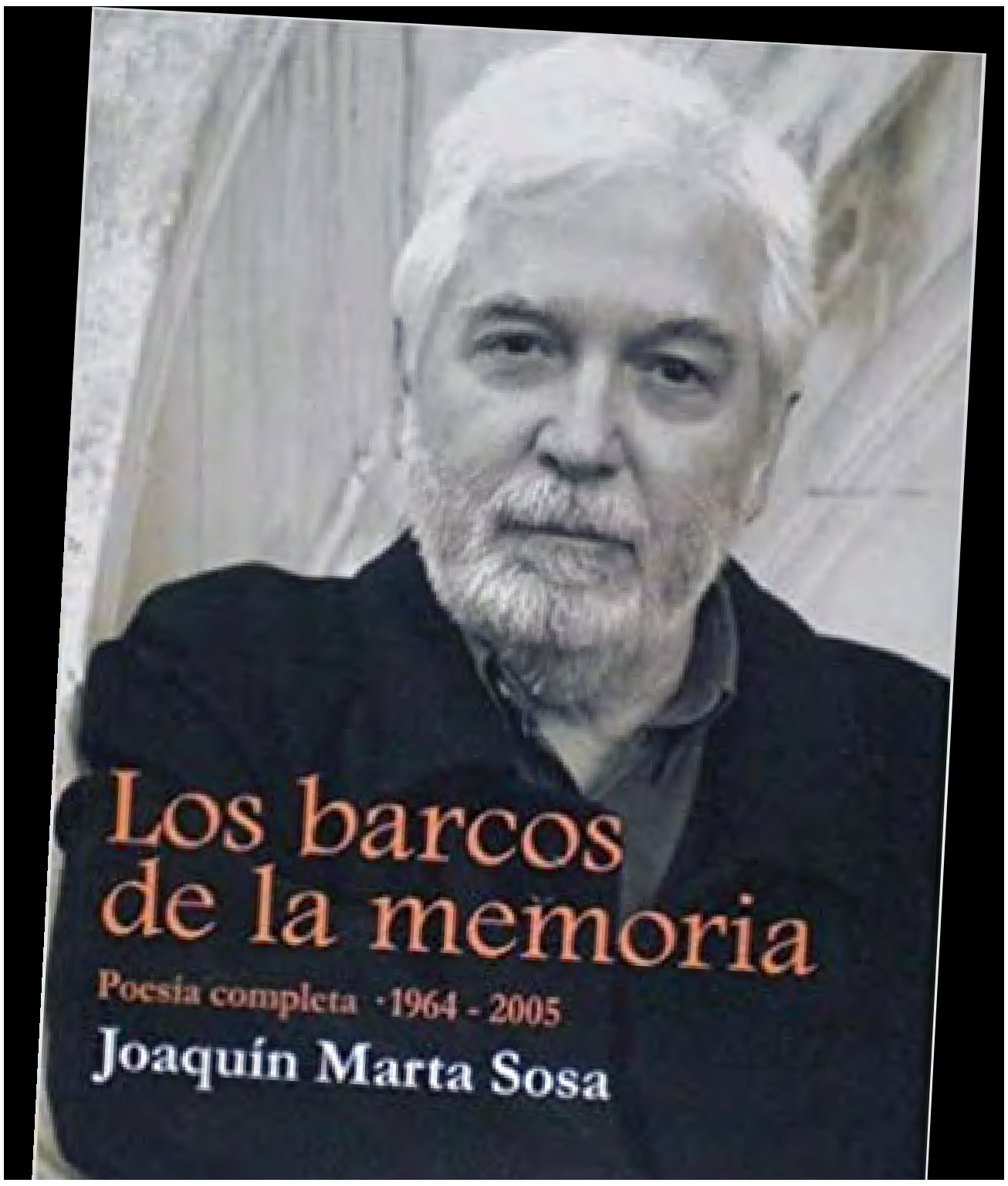
En su trama más íntima, vejez y juventud tienen como semejanza profunda la de ser rutas pespunteadas por las pérdidas, incluso de aquellas de las que nunca gozaste sino como ideal o propósito. Mientras caminas de la una hacia la otra, ambas te van llevando de la conciencia ilusoria de la plenitud a la convicción plena del vacío que te aguarda: tu alma, tu inteligencia, abandonan el cuerpo, tu cuerpo abandona tus huesos, tus huesos se abandonan y diluyen en cenizas o en alguna fosa que los carcomerá día a día.

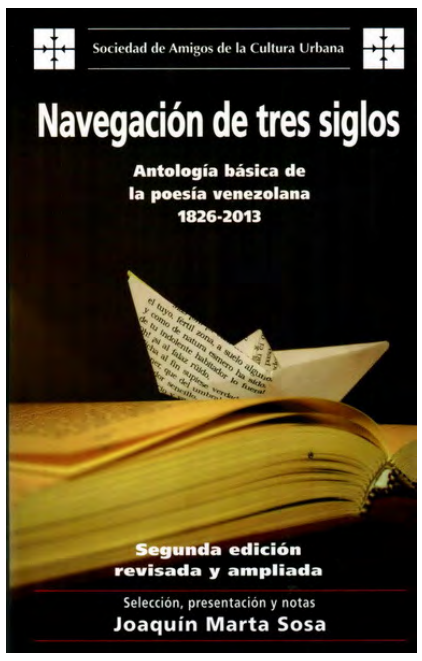
A pesar de todo, vale la pena ser joven, porque te alimenta el envejecimiento. Y también vale la pena envejecer porque dota de sentido y finalidad al envejecimiento: saber en qué consiste el vivir y perder ese tesoro cuando tu existencia te deja atrás. Pero esta es la única pérdida que jamás te pesará pues incluso de ella te vaciará la muerte. Así que, inevitablemente, siempre partimos ligeros de equipaje, como quería Machado, querámoslo o no. Y ninguna ofrenda mejor para quienes llegamos a existir que la de entrar en la vida sin nada a cuestas y salir de ella sin nada a cuestas, aunque no todas tus deudas estén pagadas ni todas te las hayan pagado. EN

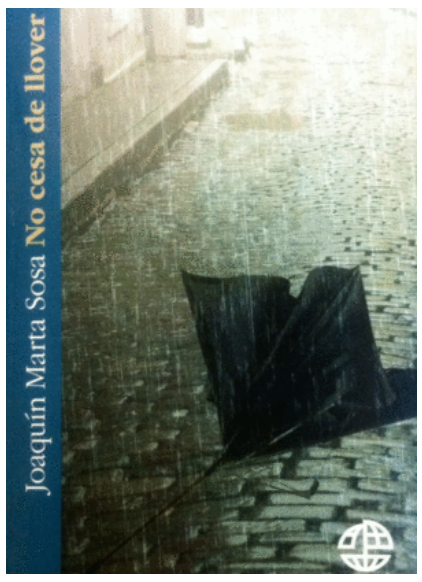
DE LA MEMORIA >> JOAQUÍN MARTA SOSA (1940)

El viaje de Don Joaquín

El que sigue es el discurso de bienvenida, leído el 12 de julio de 2010, a propósito de ingreso de Joaquín Marta Sosa a la Academia Venezolana de la Lengua, institución donde ocupa el sillón E







RAFAEL ARRÁIZ LUCCA

Ha querido nuestro respetado y admirado Don Blas Bruni Celli, presidente de esta institución más que centenaria, que desempeñe la honrosa tarea de responderle a Don Joaquín Marta Sosa quien, después de estas breves palabras, subirá al estrado y jurará como individuo de Número de la Academia Venezolana de la Lengua. Por primera vez, discurro recibiendo a un nuevo compañero de trabajo en esta corporación, fundada por Antonio Guzmán Blanco el 26 de julio de 1883, con motivo del año centenario del nacimiento de un caraqueño que vino al mundo a pocas cuadras de este recinto: Simón Bolívar Palacios.

Aquella fundación ocurrió hace 127 años y ha querido el azar, y mi afición por las estadísticas, que halle una cifra de correspondencias enigmáticas: son 127, también, los individuos de Número que se han incorporado en igual número de años. Don Joaquín es el 128. Además, a esta singularidad martasosiana se suman dos cifras curiosas: es el cuarto en haber nacido fuera de nuestras fronteras, lo preceden Fray Cesáreo de Armellada, Pedro Grases, Atanasio Alegre (España) y Doña Lucila Palacios (Trinidad), y la otra es que es el segundo en haber comenzado a hablar en lengua distinta al español. En esto lo precede Pedro Juan Krisólogo Bastard, cuya lengua juagiba aprendió primero que la de Cervantes. Y, para concluir con esta suerte de numerología cabalística, recordemos que Don Joaquín se suma a la tradición de poetas con que ha contado la Academia desde su fundación: José Antonio Calcaño, Jesús María Sistiaga, Heraclio Martín de la Guardia, Fernando Paz Castillo, Francisco Pimentel, Alberto Arvelo Torrealba, Miguel Otero Silva, Pedro Sotillo, Luis Barrios Cruz, Pascual Venegas Filardo, Vicente Gerbasi, Juan Liscano, Luis Pastori y José Ramón Medina.

Imposible no recordar que el sillón letra E, donde ahora se sentará el hijo de Antonio Francisco Marta y María De Sousa y Silva, estuvo ocupado hasta hace pocos meses por Manuel Bermúdez, secretario originalísimo de la corporación y muy, muy querido amigo, de quien ya el nuevo individuo de Número ha hecho el elogio de su vida y obra, como corresponde en la civilizada y magnífica tradición académica que sostenemos con fervor.

La hoja de vida laboral del profesor Marta Sosa se inicia cuando imparte asignaturas en bachillerato, mientras estudia Derecho en la Universidad Central de Venezuela. Esta etapa corre en paralelo con su vocación política, período del que sus contemporáneos lo recuerdan como uno de los mejores tribunos de su generación. La democracia cristiana, primero, y luego el socialismo democrático, cuentan con su fervor de militante, hasta que va entregándose a las labores de profesor en la Universidad Simón Bolívar, casa de estudios en la que llegó a ser decano y profesor titular, y en donde estuvo enseñando por décadas, hasta su jubilación.

Negado para el ejercicio sin su complemento analítico, el joven Joaquín acompañó la práctica política con reflexiones politológicas; y la práctica poética con análisis críticos y antologías de la poesía venezolana. Tres líneas de trabajo partieron casi al mismo tiempo: su primer poemario es de 1964 (*Anunciación*); entonces es militante fervoroso de COPEI y diputado suplente en el Congreso Nacional y, muy pronto, va a entrar a dar clases en la recién creada Universidad Simón Bolívar. Corren los primeros años de la década de los setenta. Para entonces, nuestro autor ya es articulista de opinión, pero todavía faltan dos quinquenios para que se desempeñe como director de Venezolana de Televisión y del *Diario de Caracas*, etapa que le permite tomarle el pulso a su latir de comunicador social, faceta para la que ha estado particularmente dotado.

Su obra ensayística comenzará a publicarse en 1975 (*Sociopolítica del arte*, Equinoccio, USB), y continuará por los derroteros de la reflexión pedagógica, materia en la que cursa maestría: *Los problemas de la educación superior en Venezuela* (1979), *El estado y la educación superior en Venezuela* (1984), para luego concentrarse en temas politológicos: *Venezuela. Elecciones y transformación social* (1984), *Patios cerrados / puertas abiertas. Cambios, democracia y partidos en Venezuela 1988/1993* (1994).

> **"a partir de 1994 y hasta la fecha, el brote poético de Marta Sosa es sostenido"**

Junto a este río temático de naturaleza socio-política, va otro subterráneo que Marta Sosa no olvida y que será el que se imponga con el paso de los años. Naturalmente, me refiero a la poesía. Sobre ella he escrito dos ensayos introductorios a publicaciones selectas de su obra, estudiándola en su totalidad. En esta ocasión que nos reúne, el discurso de contestación es de rigor que sea notoriamente más breve que el de incorporación, de modo que no los invitaré a recorrer su trayectoria poética sino a acompañarme en la periodización que advertí en su obra, en un trabajo específico sobre ella.

En 1998 distinguí dos etapas en la obra poética de Marta Sosa, y el nacimiento de una tercera. Entonces, decía: una primera signada por el canto optimista que prometía un paraíso en la comunidad de la fraternidad, con un eco que recuerda a cierta poesía española. Esta primera coincide con los años sesenta, cuando el poeta fue de los protagonistas del movimiento de la llamada izquierda cristiana. De esta siembra vienen *Anunciación* (1964) y *Proverbiales* (1969) y, desde entonces, el tema amoroso se asomaba insistentemente.

Pero es con *Para la memoria del amor* (1978) con el que el epigrama amatorio se apodera de la voz de Marta Sosa y su poesía se hace epístola, telegrama, inscripción para la mujer amada. En esta segunda etapa encontramos *Sol cotidiano* (1981), un poemario con una factura muy cercana a la poesía de Ernesto Cardenal, por quien el autor profesaba una especial simpatía. Sus poemas se hacen largos, narrativos, hábiles en la muestra de las contradicciones y las paradojas sociopolíticas. También, atienden a la pequeña historia y a la de los grandes relatos históricos. Cumple, pues, con el proyecto estético de los cristianos comprometidos de su tiempo.

La tercera comienza diez años después, en la década de los noventa, cuando el desencanto es general y la utopía le ha cedido el paso a la contundencia de las cifras. Ahora preciso que la tercera etapa se inicia con el poema "Aprendizajes del padre" (1994), continúa con "Dicen los atletas" (1997) y se prolonga con los libros *Territorios privados* (1999), *Las manos del viento* (2001), *Domicilios del mar* (2003) y *El río solitario* (2004), y dejo de lado las antologías, ya que no suponen puertas nuevas en el camino del poeta, sino, naturalmente, revisiones y ajustes de cuentas.

A la primera etapa la sucede un silencio de nueve años; a la segunda otro de trece; y la tercera está lejos de acercarse al silencio. Por el contrario, a partir de 1994 y hasta la fecha, el brote poético de Marta Sosa es sostenido, y lejos de anunciarse que amaine, se pulsa en perfecta ebullición. Su obra está lejos de cerrarse, pero ya ofrece un conjunto de sustancia suficiente como para que se imponga una lectura.

En 2004 se cumplieron cuarenta años desde la publicación de su primer poemario y, desde entonces, una vocación poética se ha mantenido en pie, dando espacio a dos largos silencios que no han hecho otra cosa que insuflarla de bríos para tocar otras puertas, para deshacerse y hacerse de nuevo. Como lector me sumé a la navegación martasosiana en la segunda etapa, he revisado la primera, he convivido con la tercera, y celebro sus poemas. No recuerdo quién decía que la poesía era, forzosamente y sin proponérselo, un ejercicio autobiográfico, y es cierto. De modo que acompañar la vida de un amigo entrañable, suerte de hermano mayor, es una experiencia doble: alegría y compromiso; cercanía y distancia crítica. El viento sopla y las embarcaciones avanzan.

En 2007, Marta Sosa publica *Amares*, un poemario en el que regresa a su pulsión inicial. El amor, su realización, su melancolía, sus avatares alcanzan la página en blanco y la pueblan con un renovado ímpetu. Sabemos que el poeta mantiene inéditos tres poemarios con los que se propone celebrar sus 70 años. Saldrán de las prensas, pronto.

Otra vertiente de trabajo del incorporando es la antológica. *Navegación de tres siglos (antología básica de la poesía venezolana 1826/2002)* fue publicada en Caracas (2003), y al año siguiente *Poetas y poéticas de Venezuela,* fue publicada en Madrid. En ambas, además del servicio que entraña toda antología en cuanto a divulgación del conjunto de la literatura nacional, el autor hace patente su condición de lector acucioso de la poesía venezolana.

Refirámonos, finalmente, al discurso conmovedor que hemos escuchado entonar por el poeta desde esta Cátedra de Santo Tomás de Aquino, coronada por el Espíritu Santo, en este noble paraninfo del Palacio de las Academias. Se trata de uno de los viajes más hermosos, más entrañablemente humanos, que venezolano alguno haya escrito sobre la adquisición de la lengua española. Usted ha trazado un mapa de la sociología venezolana, de los relieves de una sociedad abierta a los inmigrantes, en la que aquella familia nogueirense buscó un futuro para sus hijos y lo encontró.

Aquel niño que dio un discurso escondido en el púlpito de la iglesia de su pueblo y que los feligreses creyeron que ocurría un milagro, al no advertir de dónde provenía la voz, es el mismo que habló hace minutos aquí, en este púlpito del otro lado del Atlántico. Cuando dejó Portugal y voló hacia América era imposible que sospechara que su vida sería útil, fértil y hermosa. Tampoco intuía que uno de los trabajos que más lo solicitaría sería el de dominar aquella lengua esquiva, que usted se propuso dominar como un domador en una jaula de leones.

Aquel viaje lingüístico que inició hace años en la Caracas de 1947, lo ha traído a un golfo sereno y feraz, el del hogar de las palabras, la Academia Venezolana de la Lengua. Aquí, ciudadano Joaquín Marta Sosa, lo estábamos esperando. Bienvenido a casa.

PUBLICACIÓN >> LA POESÍA DE ALEJANDRO OLIVEROS

Una corona de espejos

Alejandro Oliveros (1948) es poeta, ensayista, diarista y traductor. *Poemas de la luna líquida*, publicado por la editorial Pre-Textos, es su más reciente libro de poesía

MIGUEL GOMES

ALEJANDRO OLIVEROS / ©VASCO SZINETAR

1

Luego de la aparición de *Espacios en fuga* (2012), volumen que recogía su lírica desde 1974 hasta 2010 y a la vez la inscribía en un contexto internacional, *Poemas de la luna líquida* (2021) señala en la escritura de Alejandro Oliveros una interesante bifurcación: por una parte, un continuo refinamiento de sus temas y estrategias formales usuales; por otra, la expansión de sus registros al incluir un diálogo mucho más evidente con el entorno social venezolano. Todo lo observado por Antonio López Ortega en su certero prólogo a la compilación de 2012 sigue en pie y se palpa en la nueva entrega: se trata de un autor que, si bien no desecha algunos bienes ganados de la tradición, no parece encajar en el panorama de la poesía reciente de su país, en particular por ciertas afinidades electivas: "la Antigüedad clásica, la poesía latina, la música académica, la ópera, los grandes nombres y valores de la poesía anglosajona: todas líneas de fuerza ajenas al canon establecido" (*Espacios en fuga*, Valencia, Esp.: Pre-Textos, 2012, p. 14). Uno de los rasgos más prominentes de la producción literaria venezolana de hoy quizá sea el retrato de la angustia que genera el abismo político y social de entre siglos; en Oliveros, pese a ello, esa inquietud compartida se manifiesta de un modo muy personal justo cuando se inserta en el sistema expresivo que según López Ortega lo pone al margen de lo consagrado localmente.

Ha de observarse, para comenzar, que la estructura externa de *Poemas de la luna líquida* no coincide ni con la trama enunciativa del libro ni con los horizontes referenciales del sujeto poético. En las cuatro partes –"Cuaderno de Milán", "Luna líquida", "Exilios" y "Antología griega. Imitaciones y anónimos"– tendremos una combinación en proporciones variadas de asuntos como la itinerancia, el colapso de Venezuela, el despliegue de una metafísica enraizada en una cosmovisión premoderna y una perseverante exploración intertextual mediante la cual la alteridad se integra en el perfil del hablante. Debe subrayarse que este, asimismo, se moviliza del presente estricto al pasado más remoto, y en ámbitos que van de lo vital a lo estético o de lo íntimo a lo comunitario. Esa proliferación de estructuras confiere al conjunto una atractiva tensión entre unidad y diversidad paralela a la experiencia de lo real poco a poco articulada, en la cual el yo capta la pérdida de fuentes de identidad sin abandonarse ni a la tragedia ni a la simple resignación: el gesto resulta más bien sereno, a veces encomiástico.

2

Por itinerancia entiendo no solo las alusiones al viaje, sino también, ahora con más énfasis que en el resto de la obra de Oliveros, la preocupación por el exilio. Con respecto a lo primero, dicha constante se asemeja por su frecuencia y vigor al nomadismo de Enrique Lihn, tratándose acaso de los dos poetas hispanoamericanos que en los últimos cincuenta años más se han concentrado en el motivo. "Cuaderno de Milán" nos presenta, entre otros, a Mallarmé lejos de París, en Tournon, donde vive "su propia temporada en el infierno"; a Machado nostálgico en trenes, mientras reflexiona sobre el desmoronamiento de España; a Miłosz en Berkeley añorando simultáneamente Lituania y el "pubis dorado" de una de sus amantes. "Luna líquida", por su parte, evoca a Ulises en sus trayectorias sin puerto seguro, así como "el rostro grave / y la voz ronca / del desterrado" que debió de tener Valéry, cuyo recuerdo sirve de pantalla de proyecciones del hablante que oscila entre su percepción de las inmediaciones, en Sète, y un Puerto Cabello que se aproxima a él en la marea. El título de la tercera parte del libro anuncia tanto exilios literales, con separación forzosa de la tierra de origen, como exilios metafóricos, donde la pérdida se produce en un dominio inmaterial: "Cuando cierres la puerta / y ajustes ventanales, / y tomes los caminos / para nada familiares, / mira el cielo que pierdes, / allí quedan tus señales"; o bien: "Al salir de Ítaca, / en contra de su voluntad, / Ulises sabía / que un día iba a regresar. / Eneas no podía / de esa manera hablar". La "Antología griega" reincide en lo anterior: "En castigo por haber criticado / en público su gobierno, / Meleagro, conocido tirano, / castigó a Arquises a soportar / seis meses de exilio cada año. / Para Arquises la vida es ahora / un juego de cielos desdoblados". Lo más atractivo de ese abordaje de un tema milenario, no obstante, lo hallamos en la forma adoptada por estos poemas que, en su mayoría, muestran encabalgamientos virtuosos y obstinados, cuyo efecto es obligar a la lectura a desplazarse y viajar mientras los personajes que se describen o nos hablan lo hacen: "He vivido entre el pasado / y el presente, acosado / por el tiempo ciego, / y desdoblado entre dos / cielos […]" ("Ferrara"). El predominio general del verso libre tampoco es ajeno a ciertos patrones ocasionales de metro o de rima, que se abandonan tal como vinieron, para algunos pasajes después retomarse, y abandonarse de nuevo: un ritmo que parece estarse buscando mientras nuestro ser se busca en el ancho mundo.

3

El segundo referente rastreable en la totalidad del libro es, como adelanté, el derrumbe de Venezuela, que, me atrevería a aseverar, fantasmalmente vertebra las cavilaciones acerca de la expatriación. En la primera parte se muestra sutil: "soy un fugitivo de la utopía. / Cuando escucho esa palabra / me abandono a la tristeza […]. / No quisiera para mi nieto / la intensidad de los escogidos, / ni el entusiasmo de los sectarios". Luego, aún en "Cuaderno de Milán", la ambigüedad actúa estableciendo analogías entre los países destruidos por tiranías, donde las meditaciones de Yuri Zhivago parecieran aplicarse a Caracas: "Yuri Zhivago camina por el Moscú / de su juventud. 'Es poco lo que queda: / ruinas, campos de urbana soledad. / ¿Dónde están la librería La France, / El libro italiano y Rizzoli? ¿Los bares / con sus musas, donde artistas y poetas / dejaron sus hígados en calidad de pago? / […]. / Donde quiera que ahora mire, nieblas / y fríos del exilio salen a mi encuentro'". En esa misma parte del libro, "A la manera de Bertolt Brecht" se politiza sin tapujos:

Somos hombres en tiempos oscuros;
si alguien en la calle todavía ríe
es porque desconoce las noticias.
¿Qué época es esta en la que pedir pan
es un crimen contra la seguridad del estado?

Y, sin embargo, a diario me recuerdan
que poseemos las más grandes reservas
de hidrocarburos, y los ingresos de la nación
asegurados hasta el próximo milenio,
y la leche escolar garantizada por un siglo.

Si bien en la segunda parte esa visión del orbe social queda solapada en "reino[s] perdido[s]", casi fantásticos, como aquel al que se alude en el "Navidad en Milán 2018", la tercera parte será explícita en las remisiones a lo nacional. Así, en "Sueño de un estudiante venezolano en el exilio" leeremos: "Caracas no había cambiado; / el metro, como siempre, / nos dejó en la estación / las Tres Gracias / […]. / Las noches eran serenas / bajo la silueta protectora del Ávila. / Un viento helado / abre la ventana. / El sueño se interrumpe; / afuera, una noche ajena, / la soledad y el derrumbe". Y ya un poema perteneciente a la "Antología griega" deja en claro, desde su título, "Anónimo. Siro (Venezuela 1998)", la necesidad de una lectura en coordenadas sociales inequívocas, a pesar de su ingenioso doblez temporal; lo cito en su totalidad no tanto por ser una de las más memorables contribuciones de la lírica a la literatura generada por la "tragedia de Vargas" –junto a *Mañana vendrán las piedras* (2018) de Santiago Acosta– como por ser uno de los poemas más dramáticos y logrados del libro:

Esa noche se cumplieron los presagios.
El cielo del norte se cubrió de fuego,
mientras la lluvia, con relámpagos de hielo,
se extendía por la costa en su naufragio.
Con sus lanzas sin descanso, el viento
empujaba la montaña hacia el abismo;
hasta que llegó la gran ola sin tiempo,
que transformó la costa en precipicio.
Noche deslavada y sangrientos corales,
que dejó atrás, en su sal, el rostro humano.
Entonces, Siro, no entendiste las señales
que hablaban de la llegada del tirano.

4

El tercer factor que da unidad a *Poemas de la luna líquida* es uno de los más habituales en el resto de la obra de su autor y la distingue tajantemente de las preferencias de varias camadas poéticas de su país, aunque no de las de poetas aislados, entre los que resaltaría a Eugenio Montejo. Se trata, como he anticipado, de una inusitada visión del universo y el lugar que en él ocupamos. Fundamentales en esa aproximación a una ontología respetuosa de la información que nos ofrecen los sentidos son los estímulos de Cavafy, Pound, el Ricardo Reis de Pessoa –aunque cierta sed de autenticidad emocional palpable en Álvaro de Campos no le sea ajena– y, *last but not least*, Robert Lowell. La presencia de la imaginería clásica en esa veta tan reflexiva de Oliveros justifica que la vinculemos a una perspectiva precristiana –o, posiblemente, a una nostálgica reconstrucción de esa *imago mundi*, en la que los conflictos entre espíritu y materia desaparecen o, atenuados, se replantean. Algo de ese neopaganismo, de esa vuelta a un antes de las exigencias de lo trascendente o del pánico al pecado se vislumbra en "Cuaderno de Milán" cuando, en el poema "Utopía", por ejemplo, se rechaza el fanatismo de las ideologías y se anhela "El regreso a la belleza y la serenidad / de las cumbres, el azul del mar / que recomienza". Pero en "Luna líquida" tal corriente subterránea asoma sin rodeos en piezas como "Tarde en la tierra":

Llegué muy tarde
a la tierra,
cuando los templos
no eran de mármol
sino de barro
con piedras.
Los dioses
no se reían,
todos mudos
en su tristeza.
Y en lugar
de un Hermes alado,
un joven con espinas
en la cabeza.

En "Un poema del cuerpo", poco después, se lleva más allá la revisión satírica de la espiritualidad penitencial cuando el misticismo de los iluminados, que permite desgajar lo inmaterial de lo material, recibe como respuesta del cuerpo abandonado una socarrona contemplación e, incluso, la búsqueda ya sin estorbos de otros cuerpos. En "Exilios" no serán escasas las intromisiones del mundo antiguo o sus hábitos pensantes y expresivos –tenemos incluso variaciones explícitas del epicureísmo horaciano en "Feliz aquel"–, aunque en "Antología griega", por supuesto, esta tendencia del conjunto recibe su mayor desarrollo.

5

Ello nos conduce al cuarto elemento que unifica el poemario. La pasión intertextual de la escritura de Oliveros queda a la vista, como sucede muchas veces, a través de imitaciones que van siempre más allá del original clásico, poniéndolo en diálogo con la sensibilidad contemporánea. Lo he comentado suficientemente en párrafos previos. Lo que queda por destacar es que dichas remisiones, voluntarias, o el ludismo tergiversador que a veces suponen, no se limitan a la "Antología griega" y afloran en cualquier punto del libro –"A la manera de Bertolt Brecht" figura en la primera parte; "Después de la lectura de Manrique" en la segunda; y "Feliz aquel" en la tercera: soy parco en la mención de ejemplos–; además, ha de apuntarse que traen consigo un sistemático cuestionamiento de los límites de la subjetividad, ya que la asimilación del texto ajeno no consiste en una ampliación mecánica de los recursos expresivos propios, sino en un ejercicio constante de elisión de barreras entre individuos, en busca activa y enérgica de una comprensión más cabal de la condición humana. El citado "Anónimo. Siro (Venezuela 1998)" prueba lo que sugiero.

(continúa en la página 6)

Una corona de espejos

(viene de la página 5)

6

La enunciación también cohesiona el conjunto, solo que lo hace mediante la paradójica singularidad de su pluralismo. Con lo anterior aludo a la superposición de múltiples escenarios desde los que parece interpelarnos el personaje poético principal que solo esporádicamente se oculta, prevaleciendo los puentes de índole autobiográfica que se tienden de composición a composición –para solo mencionar uno, piénsese en la presencia frecuente de Alessandro, el nieto–; coinciden, no menos, las situaciones –sobre todo, la lejanía de Venezuela– y el repertorio de referentes literarios –lo que perfila una fisonomía intelectual y gustos personales. En ese relato se forja igualmente la intimidad esbozándose una saga familiar donde el padre y la madre aportan momentos álgidos –entre los más emotivos poemas del libro se cuentan "Playa blanca. Puerto Cabello", "Nirgua 1960", "Destino", "Trattoria Roma" y "Sueños". Ha de añadirse que, si los espacios cambian, ello no hace más que afirmar la continuidad de un personaje en desplazamiento infatigable por distintos rincones del mundo: Valencia de Venezuela, Nirgua, Puerto Cabello, Caracas, Italia, Francia... Además de esos espacios físicos, están los instalados en la memoria, que se confunden con regiones enteras de la psique, como ocurre en "1955":

Las copas de estos árboles
que me vieron por primera vez
en mil novecientos
cincuenta y cinco
¿acaso me recuerdan?

Caobos, mangos, jabillos.

La iguana en lo alto de la rama,
el vientre cargado
con sus huevos amarillos,
ya no aparece, se ha ido.

Por las orillas del río Cabriales
un caballo quiere agua…

Como he dejado entrever, a esos cruces espaciotemporales se suman los de lo vital y lo literario, así como los de lo estrictamente privado y lo público, puesto que el yo en numerosas oportunidades se coloca en una encrucijada entre la identidad individual y la que el lenguaje construye, o entre el individuo solitario y su pertenencia a una colectividad.

Un ser tan heterogéneo algo tiene de la emblemática luna que da título al volumen y se define a la perfección en el "Canto a la luna líquida":

Canto a la luna líquida
y su corona de espejos,
sus cejas anaranjadas
y su mirada de hielo.

Canto su voz transparente
como una espuma de fuego,
el brillo de sus largas manos
en el cual busco un reflejo…

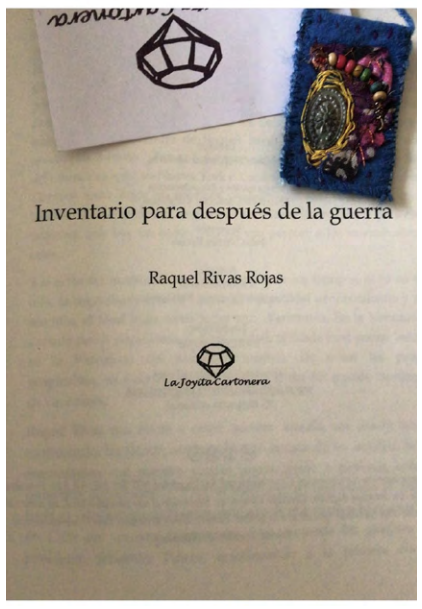
La búsqueda de imágenes propias multiplicadas en un cuerpo celeste dotado de "voz" –que, para mayor precisión, sin detenerse en un punto fijo, muda siempre de forma tanto por sus fases como por la "liquidez" y la "espuma de fuego" visionarias que se le atribuyen– tal vez constituya el rasgo crucial de la poética de este libro. Y apunta, de hecho, a una celebración de lo fluido, de lo variable, que responde a la aceptación soterrada de que el "exilio", margen permanente, se ha convertido en un inesperado hogar donde aprendemos a existir con el conocimiento, como lo describe el poema "Mapas", de que "Nuestros bordes / se perdieron, y con ellos / nuestro norte / y nuestras casas".

LIBRO >> *INVENTARIO PARA DESPUÉS DE LA GUERRA*

Poemas de Raquel Rivas Rojas

RAQUEL RIVAS ROJAS / ©VASCO SZINETAR

Inventario para después de la guerra, es el título del más reciente libro de la poeta, ensayista, compiladora y traductora Raquel Rivas Rojas. La edición es bilingüe. La traducción al inglés fue realizada por Catherine Boyle. Ha sido publicado por La Joyita Cartonera, Chile, 2022



Abandonos

Cuando dejamos la ciudad abandonamos a los viejos a una suerte que sabíamos adversa. Nos consolamos pensando que la muerte cierta que los esperaba era la misma que de todos modos los alcanzaría en el camino si hubiéramos decidido sumarlos a la fuga. Cuando nos despedimos, ellos se empeñaron en descargarnos de toda culpa, pronunciando hastaluegos y largas bendiciones, repitiendo que era mejor así, que se quedaban en paz con sus cosas y sus muertos. En ese terruño que ya se parecía tanto a ellos que no podía separarse de sus cuerpos. Pero cuando nos fuimos nos llevamos sus miradas borrosas, sus bocas entreabiertas, sus cabezas blancas o peladas, sus dedos deformados por la edad y la artritis, sus profundas ojeras, sus pasos temblorosos, sus caderas maltrechas, sus bastones, su lentitud de paquidermos grises. El modo como tiemblan mientras cuentan pastillas, el susto o la tristeza que se fija en sus gestos cotidianos, los cachetes hundidos, las manchas marrones conquistando cada vez más territorio, los dientes falsos que vigilan la noche desde un vaso, los hombros hundidos y la papada temblorosa, las ropas cada vez más holgadas. Las protuberancias, los lunares, las verrugas. Los dolores de espaldas, de rodillas, de pies. Las uñas enterradas, las medias sin elásticos, las ruidosas chancletas. Los pasos que se arrastran por la casa en la alta madrugada en la que todos duermen menos ellos. Y sus voces, sobre todo nos llevamos sus voces. La cadencia ancestral que desgrana memorias de un tiempo ya ido en el que era imposible vislumbrar esta lenta catástrofe.

Insomnios

Tratamos de no acordarnos de cuando éramos niños. Pero al final siempre llega la noche y con ella los terrores más antiguos. Ruidos extraños se adueñan de la oscuridad y el insomnio se anida en el aleteo del más mínimo insecto. Vemos sombras moviéndose dentro de otras sombras. En esas horas que tardamos en dormirnos nos aterra la cercanía de la muerte y nos damos cuenta de una manera seca y abrupta de que puede no existir un mañana. El cuerpo todo, ese cuerpo a la vez tan íntimo y tan público, se nos llena de temblores y lamentos. Buscamos en la oscuridad otras piernas y brazos en los que sea posible disolvernos. Y encontramos sin falta otras caderas y quijadas, huesos y músculos también aterrados y deseantes. Las horas de la madrugada se llenan entonces de quejidos y jadeos. Uno que otro grito que no se sabe bien si es de dolor o de placer. En la alta noche no hay cuerpo prohibido ni maniobra vetada. Nadie se niega nunca. Porque sabemos bien que esta puede ser la última vez que al cerrar los ojos nos encontremos con el puro vértigo de estar vivos.

Quebradas

El bosque sirve para perderse. Para pasar días a la sombra y descansar de la resolana. En el bosque el viento habla entre las ramas y dice corre, corre, corre. Hasta que llegamos a la quebrada transparente que se lanza sin pudor piedras abajo. Entonces dejamos de escuchar al viento y son las piedras o más bien el agua sonando entre las piedras la que nos dice cosas. Déjate estar, dice el agua, y te muestra el cielo. Abierto en ese claro del bosque en el que no hay casi árboles. Mira, dice el agua. Y con los pies y la cara empapados nos echamos sobre las piedras más grandes a mirar el cielo, a escuchar el agua y el viento. A olvidarnos por un rato de la guerra que sigue en otra parte.

Manjares

Hay días en que lo único que cuenta es el vacío en el estómago. El dolor retorcido del hambre que resuena en mitad de los cuerpos magros. El centro del universo está ahí, en esos gases que retumban entre las costillas, en los ácidos digestivos que han estado demasiado tiempo sin nada que atacar. Cuando ya no podemos con el ruido de nuestras propias tripas, ni con el ardor que nos sube por la garganta y nos quema la lengua, exigimos matar para comer. Entonces empieza el inventario y el debate. Antes teníamos la opción de los saqueos. Ahora solo podemos sacrificar lo que está vivo. Las ratas y las palomas desaparecieron primero. Casi todos los gatos después. Solo conservamos los perros que nos ayudaban a montar guardia. En medio de la fuga aprendimos a reconocer los granos y los tubérculos que siguieron creciendo salvajes aunque nadie los cultivara ya. Ordeñábamos las vacas y las cabras que alcanzamos a enlazar, para hacer cuajadas que envolvíamos en hojas de plátano pasadas por brasas. Algunas mujeres recordaban cómo era que hacían arepas las lentas bisabuelas, moliendo los granos del maíz jojoto que amasaban con agua y cocinaban después sobre piedras convertidas en budares. Cuando el azar permitía que coincidieran en un mismo momento las arepas y el queso, todo lo demás dejaba de importar y la guerra se volvía un espejismo apenas visible allá en el horizonte. No había fruta que se quedara quieta en su sitio si pasábamos cerca. Limones, aguacates, semerucas, naranjas, ciruelas, tamarindos. Era la gloria encontrar en el suelo una patilla intacta. Y ya no recordábamos un gozo más entero que chupar un mamón pasado de maduro o abrir de par en par una parchita. Las guanábanas nos acompañaban por días, como tesoros que había que madurar. Cosechábamos los mangos y las piñas con una devoción casi mística y nos untábamos su olor como un perfume detrás de las orejas. Secábamos taparas para usarlas como recipientes, platos hondos, cuencos, tazas. Todos los líquidos que nos entraban en el cuerpo pasaban primero por una de esas nobles frutas secas. También recogíamos en ellas la sangre de los animales que sacrificábamos, pidiéndoles perdón, dándoles las gracias, mirándolos directamente a los ojos.

> **"Porque sabemos bien que esta puede ser la última vez que al cerrar los ojos nos encontremos con el puro vértigo de estar vivos."**

ANTOLOGÍA >> REALIZADA POR KEILA VALL DE LA VILLE

KEILA VALL DE LA VILLE / ©VASCO SZINETAR

Un catálogo de las naves o intentos sobre la belleza

Las antologías temáticas revelan vínculos entre voces disímiles que se han detenido en un tema o en una imagen en particular, abren un espectro de combinatorias que revelan visiones de mundo, miradas, coincidencias inesperadas, al mismo tiempo que descubren los diversos caminos que puede transitar un tema. Con *Entre el aliento y el precipicio: poéticas sobre la belleza* (Madrid: Amargord ediciones, 2021), Keila Vall de la Ville (Venezuela, 1974) se aproxima al fragilísimo tema de la belleza a través de las voces de 33 poetas americanos, cuya selección no parece responder a criterios cerrados y específicos; de cada uno presenta una reflexión sobre la belleza y tres poemas

MARÍA ANTONIETA FLORES

Sobre la belleza

En este siglo, plantear el tema de la belleza es un tema prohibido –tal vez habría que señalarlo como políticamente incorrecto por aquello de la inclusión y las minorías–, mirado con duda y, a veces, con sorna en una sociedad que pretende haber superado las concepciones clásicas y tradicionales en torno a la belleza y, curiosamente, atrapada en cánones estéticos bastante mecánicos que se pretenden bellos mientras propone un discurso inclusivo. Todo es bello en la espiral tecnológica que pretende satisfacer todas las fantasías, con la apropiación técnica de la belleza, era de filtros y avatares. Todos queremos la belleza, por fingimiento o convicción.

Por ello, la conocida definición de Clarice Lispector es cada vez más revulsiva y poderosa: "La lentitud es belleza". Cuando enunció esta sentencia no sospechaba las transformaciones culturales que ocurrirían, pero su voz era un presentimiento, sin duda. Ante la tensión que se produce entre esta concepción y las correspondientes a la tradición platónica y neoplatónica, en triángulo con la visión romántica y el omnipotente Rilke, el lector se puede aproximar al diálogo que los poetas aquí antologados establecen con estas concepciones.

La belleza proviene del mundo de lo invisible, de ahí su carácter perturbador. Federico Revilla en su *Diccionario de iconografía y simbología* (1995), señala que "por tratarse de una noción abstracta, debe necesariamente encarnarse en un sujeto concreto". Y esta necesaria encarnación ha llevado a Keila Vall de la Ville a interpelar a estos poetas, cuyas reflexiones responden a una inquietud inicial: ¿qué es la belleza y cómo se manifiesta en poesía?

El principio que rige este libro es el deseo de encontrar puntos comunes entre los conceptos de la belleza y lo sublime, esencias que fueron separadas por el ejercicio de la razón. Esta división, este confinamiento de lo sublime a una esfera etérea donde quedó en el olvido en los últimos cien años, para poner un límite que implica que lo moderno, lo postmoderno, lo *cyber* y lo urbano (*reggaeton*, *rap*, *trap*) buscaron crear un concepto de la belleza acechada por cierta depauperación, en un registro donde es tan bella La maja desnuda como la Barbie; bello es, también, el video "Linda" de Rosalía y Tokischa. Hablar de la degradación o devaluación de la belleza no responde a una visión elitista ni clasista, sino de valoración de lo percibido. Degradar o devaluar arrebata el éxtasis ante la belleza, la vuelve común y, por tanto, poco eficaz como manifestación de lo inexpresable. Si bien los paradigmas de la belleza se adaptan a las épocas y su concepto es absolutamente inasible, la reflexión en torno a esta categoría es indispensable tal como lo demuestra esta antología.

El umbral

Keila Vall de la Ville en "Luminosa y punzante verdad. Introducción" muestra la lucidez con la cual aborda el tema, consciente del contexto y del peso histórico que posee. Con dos significativas sentencias: "De la belleza no se habla, es subversiva", "De la belleza no se habla, es tabú", revisa visiones sobre lo bello y lo sublime, cómo el patriarcalismo moldeó las percepciones en torno a ellos en el ámbito público ("Lo bello, que había alcanzado su cualidad en la fractura y la desestabilización, fue cercenado"). La relevancia de su introducción está en la mirada integral y evolutiva que ofrece. Dos advertencias abren las apetencias: "¿Qué es la belleza y cómo se manifiesta en poesía? Estos textos son mapas dejados como huella por cada poeta en su propio recorrer" y "este libro propone que la belleza como ruta, como procedimiento, y como lugar de destino, se libera cotidianamente de aquel corsé impuesto por la mirada moderna, se subleva para reconstituirse continuamente en la fuerza inquietante y creativa que siempre fue, que la incorpora y que proyecta.".

Los poetas y la belleza

Tan diferentes como sus propuestas estéticas, estos rostros de la belleza muestran las íntimas vivencias que sustentan cada texto; cada línea expresa la mirada y los valores detrás de cada poema, aún en aquellos en los que hay una evidente intención de velarse o reservarse.

Raquel Abend van Dalen y Odette Alonso se refieren a la gracia, igual lo hace León Félix Batista: "puede haber un puente entre belleza y gracia: una más de las tantas conexiones que, como en sinapsis, hace entre sí belleza y realidad". Se suma Mariela Dreyfus al indicar que "La gracia poética consiste en dejarse llevar por esos golpes de inspiración que son también una iluminación pero que en otro sentido podrían llevarte a un lugar insondable, perturbador". Estamos ante lo súbito y el fulgor. Charles Bernstein se reconoce en el lugar común de la tradición platónica: "La belleza, para mí, roza siempre lo sublime". Todo lo dicho pone en la mesa a la intuición, cuyo instante lleva a la revelación. Donde Piedad Bonnett descubre un destello, "algo que a la vez se revela y se nos escapa, produciendo una resonancia en el espíritu del lector"; Edda Armas encuentra un estallido: "Para mí, la belleza poética se manifiesta en las formas ascendentes del decir poético". Desde la duda, María Gómez Lara afirma: "Tal vez es una intuición, una revelación momentánea que se te escapa justo en el instante en que casi la tocas". Lila Zemborain lo describe como "un momento de felicidad absoluta y también de total percepción". Silvia Guerra complementa esta visión: "De repente aparece, de golpe, se nos revela. Un movimiento interno, una ola que se produce dentro de uno, y te deja en un borde de atisbo, de asombro", y Yolanda Pantin, contundente: "La belleza aparece como una revelación y siendo una revelación, no puedo desligarla de la experiencia cotidiana puesto que valoro la vida con todos sus matices de alegría y de sufrimiento, de encuentros y de desencuentros, de hallazgos y de pérdidas". Para Eduardo Chirinos y Dreyfus la belleza aparece. Es algo independiente de la voluntad y más cercana a la epifanía.

Están los que denomino fronterizos, un pie en la fealdad y el otro, ya se sabe dónde. Reconocen que están tratando con algo huidizo. Por eso, Igor Barreto apunta: "intento la belleza, su gesto fallido, aunque imprescindible", y Mary Jo Bang: "Es ese punto intermedio, encantador y casi-insignificante". León Félix Batista añade: "La belleza es movediza", mientras Amparo Osorio evoca el río de Heráclito para hallar que "la belleza hace parte de las ondas de ese río, y por lo tanto va y viene al arbitrio de inquietantes y a veces irrepetibles momentos"; más al límite va la mirada de Antonio Deltoro: "mi tendencia a buscar siempre que aparece la belleza, su complementaria, la fealdad, o viceversa. Para mí no puede haber una sin la otra". Poco dada a la elocuencia, Margaret Randall complementa la idea con "Algunas veces lo cuestionablemente feo puede ser bello; con frecuencia un detalle previamente inadvertido es capaz de inundar los ojos de grandeza".

De forma evidente, transitan la corriente clásica: Mercedes Roffé ("no puedo dejar de esperar y desear ciertas correspondencias, heredadas de un antiguo origen. Lo Bello = Lo Bueno = Lo Justo. Alguien señaló hace poco el feliz doble sentido, en inglés, de la palabra *fair*. Lo bello. Lo justo. Una ética que, hipotéticamente, me gustaría suscribir"), idea que apoya Eduardo Chirinos: "lo que delata la belleza en un poema es la veracidad que se desprende de ese tono, la veracidad de un hablante que poco o nada tiene que ver con el autor. ¿De dónde surge ese tono? De la música" y Diane Wakoski ("Creo que la Belleza es una cualidad que atribuimos a la perfección de la forma. Sin embargo, no es una cualidad estática; es evanescente", "considero la Belleza como la perfección de la forma"). Los disidentes de la mirada clásica, encuentran que la belleza surge en el desequilibrio, como es el caso de Gonzalo Márquez Cristo ("no sería exagerado decir que la belleza es el desorden, el desequilibrio, el horror; la mancha en el rostro de Afrodita, lo que está herido de tiempo"), algo que, también, asoma Edda Armas: "La belleza del poema no siempre será armónica".

Luego, hay quienes enfatizan lo relacional y salen a su encuentro, como Jacqueline Goldberg ("Más importante que encontrar la belleza es buscarla: hay ya belleza en ello"), y Patricia Guzmán ("Voy tras la belleza día a día. Intento alcanzarla, palparla, sentir sus latencias. Me afano en invocarla, en merecerla"). Frente a esta actitud, Sonia Chocrón aguarda su llegada: "No persigo la belleza, viene".

Juan Luis Landaeta se detiene en la posibilidad concreta: "la belleza, más allá de un concepto entero, existe. Es contundente". Marca de un azar según Enrique Winter ("En la aleatoriedad creo que está la belleza. En componer algo con los restos"). Por su parte, Darío Jaramillo Agudelo no precisa ni define, intuye y parece que la belleza discurre entre silencio, tiempo, cuerpo.

La lucidez lleva a Chely Lima a afirmar que "la belleza tiene la misma condición inapresable de la luz". Para José Kozer es algo orgánico: "vivir la belleza como un estado, una situación, parte de mi temporalidad". Octavio Armand responde con un poema que titula "¿Qué es la belleza?" y Raúl Zurita evoca un rasgo trágico: "la belleza no es posible si no lleva adherida la traición. Solo es bello aquello que es capaz de traicionarte. Es la condición homérica de la que no hemos salido". Cristina Peri Rossi hace una necesaria distinción: "La belleza es, ante todo, una emoción", "Digamos que la belleza puede provocar angustia, también. No se puede confundir bonito con bello. Esto es lo más importante: bonito no es bello".

Si la belleza es exterior o interior, es otro enfoque presente. Para Charles Simic "la belleza formal no es traída desde afuera, sino descubierta en el proceso de escribir el poema".

Adalber Salas Hernández aporta una mirada otra, al subrayar la violencia e imposición que supone la mirada estética, así, desacraliza y mancha la pureza que rodea al concepto: "nuestra percepción del mundo es invariablemente estética, que siempre estamos pensando en función de lo que hallamos bello. En este sentido, creo que la belleza es una forma de violencia, la imposición de un sentido a un mundo que ni lo necesita ni lo pide".

De las múltiples posibilidades de lectura que ofrece esta antología, he optado aquí por una que explora un posible diálogo entre los poetas aquí representados y espero que abra las apetencias de confrontar sus poéticas con los poemas seleccionados. Keila Vall de la Ville entrega el valioso testimonio de estas voces que recorren un camino con puntos comunes, intersecciones, atajos y hasta puentes; además, en edición bilingüe, para un mayor alcance. Una ambiciosa osadía que se celebra.

ENSAYO >> LECTURA DE UNA OBRA

Acercamiento a la poesía de Cadenas

"Estas líneas que ofrezco a continuación son apenas unas notas, una reflexión muy personal en torno a la visión poética que se revela en la obra del venezolano Rafael Cadenas. Acercarme a desentrañar algunos rasgos en su poesía es un ejercicio que emprendo con timidez, porque es asomarse a su alma"

RAFAEL CADENAS / ©VASCO SZINETAR

CARMEN CRISTINA WOLF

La poesía pertenece a lo más íntimo, lo más sagrado, lo más tembloroso del hombre; no es asunto de frases bonitas (algunas veces es todo lo contrario).
Rafael Cadenas, entrevista publicada en **El Nacional** 1966

Hace muchos años tuve la fortuna de asistir a un recital de los poetas Rafael Cadenas y Eugenio Montejo. Fueron momentos inolvidables cobijados por la hondura de los versos de estos dos escritores venezolanos. Cadenas es poeta, ensayista, traductor y profesor de literatura. Es una voz poética lúcida, penetrante, que obedece a una visión del mundo fruto de un pensamiento profundo y de alcance universal. El pasado 8 de abril se celebraron 92 años de vida de Rafael Cadenas, organizado por el Instituto Cervantes, el Instituto Caro y Cuervo y la Librería El Buscón del Trasnocho Cultural. Fue un acto emocionante, pleno de admiración y respeto, y tuvimos la oportunidad única de escuchar al maestro Cadenas leyendo sus poemas publicados e inéditos. Fue un día que unió al viejo y al nuevo continente en torno a una frase que pronunciamos y sentimos al unísono: "Celebremos a Cadenas".

Entre sus obras se encuentran: *Cantos iniciales* (1946), *Una isla* (1958), *Los Cuadernos del destierro* (1960), *Derrota* (1963), *Falsas maniobras* (1966), *Anotaciones* (1973), *Intemperie* (1977), *Memorial* (1977), *Amante* (1983), *Dichos* (1992), *Gestiones* (1992), *El taller de al lado* (2005), *Sobre abierto* (2012), *En torno a Basho y otros asuntos* (2016), *Contestaciones* (2018). Se han publicado varias antologías de su obra y el Fondo de Cultura Económica publicó su *Obra entera*. En 2007 la Editorial Pre-Textos publicó *Obra entera. Poesía y prosa*. Sus ensayos son referencia indispensable del pensamiento contemporáneo. Sus libros *En torno al lenguaje* y los *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* son objeto de estudios e investigaciones. Recibió el Premio Nacional de Literatura, el Premio Internacional de Poesía Pérez Bonalde, la Beca Guggenheim y Doctorados Honoris Causa de las Universidades Central de Venezuela y Los Andes. Ha recibido el Premio FIL de la Feria Internacional del Libro otorgado en Guadalajara y el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana.

Estas líneas que ofrezco a continuación son apenas unas notas, una reflexión muy personal en torno a la visión poética que se revela en la obra del venezolano Rafael Cadenas. Acercarme a desentrañar algunos rasgos en su poesía es un ejercicio que emprendo con timidez, porque es asomarse a su alma. La lectura de sus poemas, escritos y entrevistas es un solaz para el espíritu. Comienzo haciendo mías estas palabras escritas a Rilke por Lou Andreas-Salomé en 1914: "(…) empecé a vivir con el poema mismo, pues en los primeros momentos su sentido objetivo me subyugó demasiado como para poder hacerlo. Y ahora lo leo, o mejor, no paro de recitármelo a mí misma. Hay en él como un reino recientemente conquistado, todavía no se distinguen bien sus fronteras, se extiende más allá del espacio que se puede recorrer en él; se lo adivina más amplio (…)". (*Correspondencia*, Hesperus 1989).

Así suele suceder con los poemas de Cadenas: pueden algunos de ellos ser como una pluma de ave que penetra sin ruido en mi ventana, otros rasgan silencios a tambor batiente, mas cada uno conduce a un reino de significaciones y cuando creo haber agotado su sentido surge otro y otro; es una poesía que mueve los cimientos de lo habitual y nos lanza hacia las profundidades del misterio que somos.

El personaje

A pie descalzo y con delicadeza suelo leer a los poetas cuyos versos dejaron de pertenecerles para volverse míos. Cadenas, a quien no parece gustarle mucho que le llamen poeta, estará acostumbrado a ser "elucidado, disecado, menguado, enriquecido, exaltado y maltratado", haciendo valer las palabras que escribe Paul Valéry sobre sí mismo en el prólogo al *Cementerio Marino*. Por esta razón no quiero hablar de ese hombre pausado, de caminar distraído, a quien solíamos encontrar en las Librerías Suma, El Buscón, Kálathos, Alejandría o Lugar Común. No me atrevería siquiera a asomar algún sesgo de su forma de ser, él que se confiesa aprendiz, siempre joven ante el hallazgo que es la misma vida. Dejo constancia de que a veces saluda con una secreta alegría y en ocasiones parece que mira pero no nos está viendo y hace un esfuerzo para saludar, como si no estuviera allí. Otro día vuelvo a encontrarle sentado en un quicio a la espera de que abran las puertas de algún teatro y nuevamente sonríe enigmático, juvenil, y sus ojos café se vuelven claros como el color de su portafolio de cuero. Me recuerda unas líneas que leí siendo muy joven: "(…) él había pensado más que otros hombres, poseía en asuntos del espíritu aquella serena objetividad (…) y sabiduría que solo tienen las personas verdaderamente espirituales a las que falta toda ambición y nunca desean brillar, ni convencer a los demás, ni siquiera tener razón (…)". (*El Lobo Estepario*, Hermann Hesse). Me atrevo a agregar que Rafael Cadenas es un personaje distinto para cada uno de los seres humanos que le conoce y permanece siempre a contraluz, en los linderos del misterio, transformado día a día en la medida en que crece su obra. Su lenguaje se enriquece y se amplía la comprensión amorosa hacia el ser humano. Es lo que percibo en su poesía y siento que ninguno de sus poemas es prescindible, cosa poco frecuente en la obra de la mayoría de los escritores.

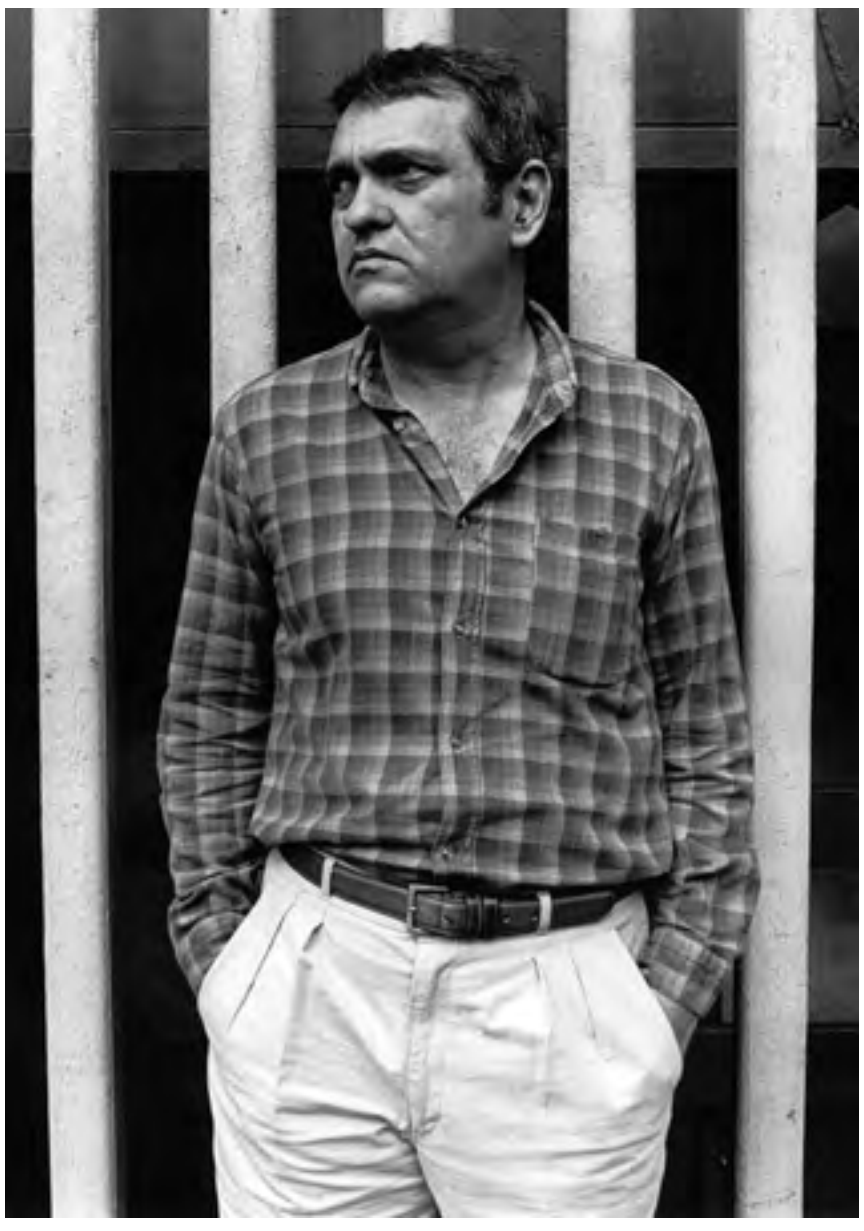
Su estar en el mundo inspira una gran paz, aunque a veces hay que sobreponerse a esos silencios suyos férreos y armarse de valor para osar romperlos. Él es un postigo entreabierto, un vértigo hondo de presencia, tan dado a marcharse y regresar intacto más cercano cuanto más distante. Atravieso las páginas de sus libros y me dejo caer al vacío, al fin y al cabo "florecemos / en un abismo".

Y en lugar de elucubrar o suponer, prefiero atenerme a sus propias palabras, tomadas del libro *Entrevistas* (Ediciones La Oruga Luminosa, 2000) y de recortes de prensa. En *Últimas Noticias* el 26/06/02, a la pregunta ¿Cuál es su forma expresiva?, responde: "Escribo poemas en prosa". Acerca de sus influencias, dice: "Durante un largo período la influencia principal fue de poetas franceses como Michaux, Rimbaud, Char. Después volví a la forma del verso libre". (…) "De la India más que su literatura me ha interesado su filosofía clásica, el pensamiento que parte de los Upanishads". También me atrevo a adivinar en su obra la lectura atenta de Lao Tsé, Chuang Tzu, Li Po, Rilke, Whitman, Lawrence...

> **"es una poesía que mueve los cimientos de lo habitual y nos lanza hacia las profundidades"**

Ante la interrogante sobre si la poesía debe tener un mensaje ideológico o religioso, Cadenas responde: "No. Lo que pasa es que lo que el poeta piensa se trasluce en lo que escribe. Si uno piensa en grande. Figuras como Dante, uno sabe que detrás de su poesía había un pensamiento filosófico, el de Tomás de Aquino. En el caso de Shakespeare se ha señalado sobre todo la influencia de los estoicos, especialmente de Séneca (…) Hay un vínculo entre filosofía y poesía aunque no se deben confundir (…)".

En el libro *Conversaciones,* traducción realizada por Cadenas a una selección de notas de Walt Whitman (Ediciones Monte Ávila Editores Latinoamericana 1994), se lee este fragmento: "Bueno, está muy bien la cadencia, sí bastante bien; pero hay algo anterior, más imperativo. Lo primero que se necesita es el pensamiento (…) Soy muy reflexivo, me tomo mucho trabajo con las palabras (…) lo que persigo es el contenido, no la música de las palabras". Encuentro en la poesía de Rafael Cadenas una tendencia carcana. No se pueden leer sus versos de una sola vez, cada cuatro o cinco palabras conviene detenerse y buscar su resonancia dentro de nosotros.



RAFAEL CADENAS / ©VASCO SZINETAR

Desde *Una isla* a un destinatario desconocido

En el poemario *Una isla,* el joven Cadenas escribe en 1960:

"Si el poema no nace, pero es real en tu vida,
eres su encarnación.
Habitas en su sombra inconquistable.
Te acompaña
diamante incumplido".

Una existencia vivida con autenticidad puede ser tan o más poética que el poema mismo. *Una isla* se forja desde esta reflexión sin ser una escritura de tinte filosófico, porque emerge en la matriz luminosa del mar y ese esplendor acompaña casi todos sus poemas. Plantea la paradoja de la realidad y el lenguaje que la nombra, hasta el punto de considerar la existencia del hombre como una "sombra inconquistable" de lo real, que es el poema. Lo cual nos pone ante los ojos el antiguo interrogante de si la palabra crea las cosas o estas surgen antes que el lenguaje. ¿O son inseparables la realidad y la palabra? A veces me atrevo a pensar que la esencia es la palabra y el origen de todo es el lenguaje. Me reconozco cautiva de los primeros versículos de Juan evangelista: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios". (Juan, 1,1-2). Lo visible no es sino una sombra de aquello que *es*, el poema supremo de *sí* mismo.

Cuando se vive en una isla arrojado al desarraigo se está uno sometido a la caricia o a la garra de luces y sombras, doble visión que viene de lo alto y se refleja en las aguas. Por eso la luz entra a raudales en este poemario:

"Muelle de enormes llamas / Navíos que viajan al sol / (…) Ciudad de corazón de árbol / (…) La luz golpea mendigos (…)".

Y la significación polifónica de los versos abarca el lugar donde se refugia un personaje femenino:

"tú entras en la luz (…)
tú comienzas a recorrer el tiempo
como un licor (…)
tu cuerpo es un arrogante / palacio
/ donde vive / el / temblor".

El amor transforma el exilio en libertad, porque cuando somos libres y estamos bien, poco nos damos cuenta de ello y se nos pasa la vida sin pena ni gloria, aferrados a la rueca de los hábitos que nos convierten en máscaras de mueca inmóvil:

"El amor nos transforma… el pobre carcelero se creía libre porque cerraba la reja, pero a través de ti yo era innumerable.
(…) El amado pronuncia el encantamiento que cubre una zozobra".

Mas el poeta advierte que nada ni nadie en este mundo es para siempre y hay que partir de todo en cada instante:

"No hay luz que nos enlace
(…) nuestras fiestas convertidas en fogatas / que avientan su ilusorio mediodía".

(Continúa en la página 9)

Acercamiento a la poesía de Cadenas

(Viene de la página 8)

En el exilio del alma los pequeños detalles salvan de la desolación, aun en la más triste de las separaciones: "El exiliado deplora las patrias / Rehúye escisiones. Se encamina hacia el instante". Siempre lo acompaña un *diamante incumplido:* la libertad de poetizar.

En su obra se aprecia una observación rigurosa de su propio espíritu, así como de los pequeños sucesos cotidianos, como, por ejemplo, escuchar las voces infantiles de los niños de la casa pidiendo un helado o salir a comprar el periódico. Encuentro una síntesis de la existencia y su valoración, una visión del hombre acerca de sí mismo, de sus vivencias, una conmovedora comprensión de sus propias marchas y contramarchas y una prontitud esencial en el uso del lenguaje. Visión que siempre será fragmentaria, pues ningún ser humano puede aquilatar la verdadera dimensión de otro ser, que es infinita.

Los cuadernos del destierro

"Busca tu alma, ámala, tócala, cultívala", escribe Rimbaud en su *Carta del vidente*. Se percibe en la poesía de Cadenas a un ser que se adentra en profundidad en su condición más íntima y la desviste de eufemismos:

> "Yo, envés del dado, relataré no sin fabulaciones mi transcurso por tierra de ignominias y dulzuras, rupturas y uniones, esplendores y derrumbes".

El que observa sin velos la caída de sus propias máscaras anhela imperiosamente "ver" su verdadero rostro. ¿Quién soy, cuál de mis yoes, quien es el que Es?:

> "(…) Un día comenzó la mudanza de los rostros (…) todos escenificaban una danza de posesos sobre mis hombros (…). Mi rostro ¿dónde estaba? Debí admitir, tras dolorosa evidencia, que lo había perdido".

Revela el desconcierto de quien despierta en una irrealidad habitada por cientos de espejos deformantes y no sabe cuál de todas esas imágenes es la verdadera. Estos versos desgarradores de Cadenas me hacen pensar en las palabras de Rimbaud en su *Carta del vidente*:

> "El primer estudio del hombre que quiere ser poeta es su propio conocimiento, entero; busca su alma, la inspecciona, la tantea, la aprende. En cuanto la conozca, ¡debe cultivarla! (…) El poeta se hace vidente por un largo, inmenso y razonado desajuste de todos los sentidos. (…)".

Falsas maniobras

Cuando se vive la experiencia de un fracaso es frecuente que la persona se sienta más cerca que nunca del propio ser. De los triunfos poco aprendí, ellos me alejaron del encuentro con lo insondable que se esconde más allá de la apariencia. Por eso me conmueve el poema "Fracaso" del libro *Falsas maniobras*. Es la extraña y honda hermosura que siento en unos versos traspasados de lucidez:

> "Cuando ponías tu marca sobre mi frente, jamás pensé en el mensaje que traías, más precioso que todos los tiempos.

Tu llameante rostro me ha perseguido y yo no supe que era para salvarme (…) Gracias por apartarme".

Cuando el hombre se sumerge en su propia soledad surge el poema, bien sea hecho de palabras o de sangre. "¿Quién sabe de la Noche?", escribe Juan Liscano en el primer poema de "Nuevo Mundo Orinoco". "¿Quién sabe de la desolación y del abatimiento a muerte, del fracaso absoluto sino aquel que lo padece?".

En el vórtice del torbellino más negro puede asomar un celaje de esperanza. Por eso me gusta el poema "Beloved Country", con su arcoíris de sentidos, porque según sea el estado del ánimo de quien lo lee, significa el canto nupcial con el "sí mismo", o la llama del encuentro con el amado(a), tal vez el regreso al núcleo de la tierra, o también el reencuentro con la palabra que se había negado a volver al poeta en su abandono:

> "Cuánto tuyo no se desenvuelve como música perdida en mí.
> País al que regreso cada vez que me he empobrecido.
> (…)
> Nunca me has negado tu leche de virgen.
> Mi reflujo, mi fuente secreta, mi anverso real.
> Ignoro el alcance de tu olor de especia, pero sé que has estado en todos mis puntos de partida, envolviéndome. Oriente solícito, como una ceremonia.
> País donde van las líneas de mi mano, lugar donde soy otro, mi anillo de bodas. Seguramente estás cerca del centro".

Este poema trae el lejano aroma de la raíz que tiene sed de beber en la fuente de la vida y se hunde al fondo de la tierra en búsqueda de la madre, amante, esposa y alma en exilio. Que no otra cosa es estar en este mundo más que un exilio del alma que ha sido apartada temporalmente de la palabra que la creó.

Intemperie

Del poemario *Intemperie* me cautivan estos versos:

> "Hazte a tu nada
> plena.
> Déjala florecer.
> Acostúmbrate al ayuno que eres.
> Que tu cuerpo se la aprenda".

Esta referencia trae a mi mente los versos sobre la "Nada" leídos en el libro *La Nueva Tierra* del hombre nuevo (Ediciones Custodia de Tierra Santa, 1977):

> "La 'Nada' es lo más cercano al Ser
> y es lo que somos:
> somos 'Nada'.
> La 'Nada' está más allá del
> pensamiento,
> ella está por encima del
> entendimiento.
> Por tanto, no se llega a ella por el
> conocimiento,
> sino por la 'renunciación'.
> Para llegar al Ser hay que dar un
> salto
> en el vacío,
> ese 'vacío' es la 'Nada' ".

En casi toda la poesía de Cadenas y sus escritos en prosa, como los *Apuntes sobre San Juan de la Cruz y la mística* se percibe un desprendimiento para alcanzar la sabiduría en la más absoluta sencillez, sin pretender ser moralizante, lejos del culto a la personalidad. En la flaqueza y sobre todo a través de ella se roza el borde del amor, en la mayor indigencia se siente la intensidad de lo hermoso, ese "diamante incumplido" que se haya detrás del espejismo de la nada.

Amante

Como si no se pudiera respirar, en un ahogo, en asfixia casi mortal se vive cuando se está lejos del amado. Nada interesa al cuerpo, todo es baratija, remedo de vida cuando él o ella no ama o no sabe que ama:

> "¿Cómo pudiste vivir
> de la idea
> que la ocultaba,
> con un sabor
> que no era el de ella,
> huyendo
> de su aparecer
> que era también el tuyo?"

Cuando se está lejos de la presencia amada el mundo se desdibuja, pierde peso, se regresa al bosquejo, a aquello en el anhelo bosquejado. Únicamente importa él o ella, su latido, su respiración. Quien se enamora está dispuesto a traer, como escribe Emily Dickinson "rosas de Zanzíbar / abejas por millas, / desfiladeros azules / ejércitos de mariposas". Ningún elixir calma la sed ni cura el mal; apenas se respira y el pulso se suelta a latir sin concierto porque uno se quiebra y es capaz de lo imposible. Es el enamoramiento sin correspondencia una semilla de la más loca imaginación, lo imaginado sobrepasa casi siempre a la realidad, es más atrayente porque no se transforma en concreciones que suelen no cumplir el ensueño. Muestra de ello la pasión del Quijote por su adorada Dulcinea del Toboso, ejemplo de la hermosura y el encanto que el propio Quijote inventó en su pensamiento y en su corazón. El dolor del amor ausente no desaparece sino con presencia tangible:

> "Llegas
> no a modo de visitación
> ni a modo de promesa
> ni a modo de fábula
> sino
> como firme corporeidad, como ardimiento,
> como inmediatez".

La realidad refleja casi siempre un solo lado de las cosas y si nos damos vuelta, el espejo, con esa terquedad tan lógica de su sino, continuará revelando tan solo el otro lado del ser. Así también, los otros reflejan nuestro rostro empañado por sus ideas predeterminadas sobre cómo se imaginan que somos, o como quisieran que fuéramos.

Nadie logra conocernos absolutamente. Solo existe un ser que en un instante es capaz de ver, sentir, saborear y saber cómo somos. Debiera decir, más bien, qué somos, quiénes somos:

> "Eludías
> el encuentro
> con el tú
> magnífico,
> el que te toma
> y te anula como tempestad
> y de ti arranca al que busca".

El amante posee por entero nuestra imagen y nos la devuelve intacta, íntegra, plena de toda plenitud. Nos entrega también algo más que antes no éramos, porque habíamos sido fragmentados, porque cuando llegábamos a ser, no había espejo que nos contemplara, ni había cáliz que contuviera nuestra sangre toda.

Después de haber vivido la experiencia de la otredad salvada y vencida por lo inexorable, el amor, que se revela por encima de cualquier pensamiento, de cualquier medida, el hombre se encuentra íntegro ante sí y adquiere la "conciencia cósmica que nace de una compenetración del fondo más profundo del individuo con la vida de todos los seres y con el universo", esa conciencia a la cual se refiere Rafael Cadenas en el prefacio a su traducción de algunos fragmentos de Walt Whitman *(Conversaciones)*. Me gusta pensar que cuando Cadenas se refiere a esa *conciencia cósmica*, se describe también a sí mismo.

Y el poeta deja de verse separado, fragmentado, solo de toda soledad, porque posa el pie en la experiencia única, irrepetible, imborrable de ser uno con la vida, de ser vida en la Vida.

No es el éxtasis de los amantes la única vía del encuentro con la totalidad. Recordemos a San Juan de la Cruz: "Sin arrimo y con arrimo / sin luz y a oscuras viviendo / todo me voy consumiendo. / Mi alma está desasida / de toda cosa criada / y sobre sí, levantada / y en una sabrosa vida / solo a su Dios arrimada". La agonía y el éxtasis del fraile Juan florece en la unión con el Amado.

Voluptuosa experiencia irreversible, "restaurada inocencia", florecimiento "en un abismo", el abismo del ser. Cadenas invita a "Vivir / en el sabor de ser".

Y nos confiesa:

"Solo he conocido la libertad por instantes, cuando me volvía de repente cuerpo". Manera de decir, con prontitud de lenguaje, haber encontrado un rostro ajeno que lo refleja íntegro y le permite ser con absoluta libertad, porque decir cuerpo es decir un todo, es no estar escindido en esas incómodas, a veces penosas categorías del cuerpo y el alma. Versos que ya son míos y de todo aquel que sea tocado por ellos. Palabras que conducen al resplandor, magnífico y terrible, de entregarnos al abrazo del origen:

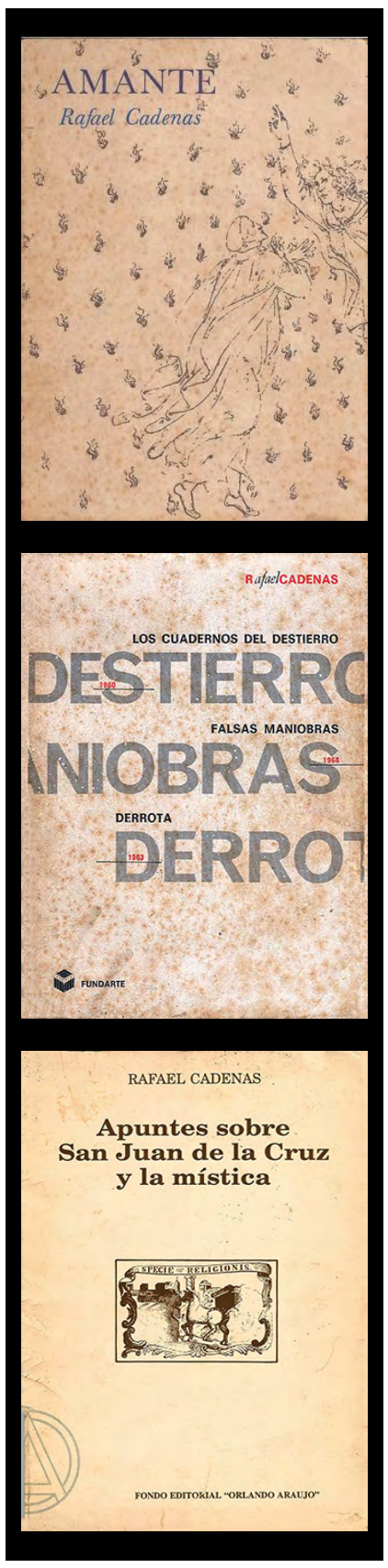
> "Y ella lo obligó a la más honda encuesta,
> A preguntarse qué era en realidad suyo.
> Después lo tomó en sus manos
> Y fue formando su rostro
> (...)
> y lo devolvió a los brazos del origen".

Importancia del lenguaje

En 1984 Cadenas escribe: "(…) La situación de deterioro que he descrito de manera muy sucinta tiene graves consecuencias para el venezolano. El desconocimiento de su lengua lo limita como ser humano en todo sentido. Lo traba; le impide pensar, dado que sin lenguaje esta función se torna imposible; lo priva de la herencia cultural de la humanidad (…) lo convierte en presa de embaucadores, pues la ignorancia lo torna inerme ante ellos y no lo deja detectar la mentira en el lenguaje (…)". Nunca como hoy tiene validez esta aseveración, cuando la falsedad se extiende cada vez más en casi todos los ámbitos.

Estamos ante una de las reflexiones esenciales contenidas en este libro. Un lenguaje deficiente y empobrecido hace a un pueblo esclavo de la ignorancia. Con frecuencia recuerdo las palabras del profesor de fonética, Higgins, personaje de la obra *Pigmalión* de Bernard Shaw, que se conduele amargamente de la joven vendedora de flores por su "espantosa" manera de hablar, con graves errores en la pronunciación del idioma inglés. Él asegura que si tuviera ocasión de enseñarle a expresarse correctamente, la joven se convertiría en una dama capaz de ser la dueña de una floristería. No es asunto de afincarse en el sentido utilitario de dominar una lengua, más bien se trata del dolor que causa el incomprensible desprecio por aquello que nos es más ínsito. No amar el lenguaje es dejar de amarnos a nosotros mismos. EN

RAFAEL CADENAS / ©VASCO SZINETAR



"Cuando el hombre se sumerge en su propia soledad surge el poema, bien sea hecho de palabras o de sangre"

CRÓNICA >> RECUERDO DE RAFAEL CADENAS Y AMIGOS

Viernes cultural

"Cadenas comenzó a cantarla con gran emoción y los presentes no dejábamos de verlo, de escucharlo, todos en silencio, solo se escuchaba su voz y la del cantante en YouTube. La mirada del poeta era al vacío, o a los libros y muñequitos miniatura de colección que tenía Andrés en la pequeña oficina. Recordó toda la canción"

MARIPILI SALAS, MAGDALENA BOERSNER, LENNYS ROJAS, RÓMULO CASTELLANOS, RAFAEL CADENAS Y ANDRÉS BOERSNER

MARIPILI SALAS

Cadenas llegó, como siempre, con su chaleco de fotógrafo, su bolso verde militar y el paso lento.

Ya era asiduo visitante de la ¿cofradía?, pues, de alguna manera se le rendía culto al dios Baco, ¿grupo de apoyo? Con el voto sagrado de la amistad, brotaban verdades que sorprendían, hacían llorar, reír, develaban nuestra humanidad.

La única regla era no hablar de política, y para la época en que se dieron las reuniones, realmente era un respiro, pues todo el ambiente nacional estaba contaminado de ese tema (léase marchas, contramarchas, presos, bombas lacrimógenas y demás). Los viernes culturales eran un oasis.

Surgieron de forma natural, de terminar una jornada satisfechos del trabajo realizado en la semana y lograr relajarnos un poco, dejar fluir, compartir, de forjar amistad. La librería Noctua, en Centro Plaza, era la sede de la Sociedad de Amigos de la Cultura Urbana, figura que se creó para continuar, de alguna manera, las actividades de la Fundación para la Cultura Urbana luego de ser cerrada por la junta que intervino al grupo de empresas de Econoinvest (pero aquí tampoco se hablará de política). Las reuniones comenzaron con el *petit comité*: Andrés Boersner, dueño de la librería y presidente de la Sociedad, Rómulo Castellanos, quien había pertenecido a la Fundación, al igual que yo, y sumados ambos para la causa, y Magdalena Herrera, esposa de Andrés.

Cada uno compraba su almuerzo en el restaurante de la gallega, diagonal a la librería, y entre todos reuníamos dinero para las dos botellas de vino que solían convertirse más adelante en tres o cuatro, dependiendo de la euforia de la charla y del vino en sí.

Muchos viernes estuvimos solo los cuatro, en donde el ritual era almorzar, acompañados de un vino y disfrutar de una buena conversación donde se recorrían anécdotas de nuestra juventud, chistes, dudas existenciales, pequeños recitales de poemas, y luego salíamos a algún sitio cercano a tomar café o disfrutar de un helado.

Más adelante se sumaron amistades ligadas o no a las letras como Héctor Torres, su compañera Lennis Rojas, don Joaquín Marta Sosa con sus quesos de Cantabria, Juliana, la hermana de Andrés, Kira Kariakin, Violeta Rojo, Boris Muñoz muy de vez en cuando porque ya no vivía en Caracas, el italiano Antonio Cerantola, amigo de la librería y gran comprador de libros, Carlos Gonzáles, cineasta, quien conversaba sobre la vida de muchos escritores con Andrés antes del almuerzo, lo cual me resultaba fascinante; y muchos otros que se quedaron en la lista de espera.

No era que todos llegaban a la vez, a veces solo pasaban por la librería por casualidad y se les invitaba a compartir el almuerzo, en otras ocasiones sí agendaban para ir tal o cual viernes. Hubo un médico, amigo de Andrés, que llevó una vez una botella de vino Sansón en la semana para compartirla el viernes, pero luego nunca apareció.

En ese espacio llegamos a recibir el anuncio del nuevo papa latinoamericano, la muerte del innombrable, el anuncio del Premio Transgenérico a Pedro Plaza Salvati justo en su cumpleaños, la celebración del premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana a Cadenas, el cual lo conmemoramos con mi baile de la danza del vientre. Magdalena había cerrado con llave la puerta de la librería, no se atendería a nadie, luego forró con papel la puerta de vidrio para que ningún curioso viera desde afuera; Rómulo fungió de musicalizador y Rafael, Andrés y Carlos estaban sentados en el sofá frente a una mesita con delicateses compradas para la ocasión y unas copas de vino ya servidas. Al sonar la música salí de entre los estantes de libros contorneándome y moviendo con mis brazos las alas de Isis y mi vestido vino tinto. Bailé alrededor de cinco canciones, y entre cada una de ellas agarraba la primera copa de vino que veía y bebía un sorbo. Los caballeros solo veían mi ombligo y Magdalena, risueña, grababa con su celular no solo mi baile sino los rostros del público. Al final Cadenas me comentó que nunca había visto esas alas. A la semana siguiente don Joaquín fue para lograr ver también el espectáculo, pero no hubo repetición.

Pero este día el protagonismo era para él.

Cadenas llevó de almuerzo, como siempre, un sándwich cuadrado de jamón y queso envuelto en una servilleta y metido en una bolsa plástica que sacaba de su eterno bolso. Llevaba de postre, dos paquetes de galletas María, uno para los comensales y el otro paquete solo para él. Cuando éramos muchos, compartía parte de sus galletas redondas.

Entramos en la oficina. Allí había tres sillas, pero las escaleras de madera de tres escalones las usábamos como asiento también. Lennis Rojas estuvo ese día compartiendo con nosotros porque recuerdo que entonó varias canciones y el resto la apoyábamos con los coros cuando, de repente, Cadenas le solicitó a Andrés, que fungía como una especie de Dj, puesto que estábamos usando su computadora para musicalizar el ambiente, que buscara una canción que era como un himno de Barquisimeto, tierra del poeta. La balada era *Endrina*, interpretada por el gran cantante Carlos Almenar Otero. De nombre no la ubicaba, pero cuando comenzó a sonar en la computadora recordé que José Luis Rodríguez había grabado una versión.

Cadenas comenzó a cantarla con gran emoción y los presentes no dejábamos de verlo, de escucharlo, todos en silencio, solo se escuchaba su voz y la del cantante en YouTube. La mirada del poeta era al vacío, o a los libros y muñequitos miniatura de colección que tenía Andrés en la pequeña oficina. Recordó toda la canción. Al culminar todos le aplaudimos y él sonrió. En ese instante Magdalena logró tomarle una foto así, sonriendo, Rafael Cadenas sonriendo. Ese día estuvo muy desenvuelto y feliz, como el resto de nosotros, creo que pasamos unas cuatro o cinco horas juntos.

Lo impresionante es que, luego de vaciar unas ocho botellas de vino Astica, Andrés salió al pasillo con Rafael para acompañarlo a tomar su bus con destino a su casa, y en el camino han encontrado a Carlos Almenar Otero sentado al lado de una joven en el restaurante donde habíamos comprado el almuerzo.

Andrés dice que las reuniones de los viernes culturales servían para que las personalidades dejaran la máscara pública y se convirtieran en personas más terrenales y silvestres, y que las personas comunes y anónimas mostraran su riqueza.

Yo digo que era una oda a la amistad que persiste incólume. Estas reuniones, estos contactos con los afectos suman, aumentan las defensas con tan solo recordarlas y eso se agradece. EN

POEMAS >> PERTENECEN AL LIBRO *FRONTERA INVISIBLE*

Poemas de Adhely Rivero

Sanatorio

Hacer la siesta en el Sanatorio no es extravagancia,
había tormentas en el cielo,
fortaleza y bondad en los pacientes.

Una canción a medio dormir suena agotada.

Soñar donde otros no saben si duermen.
Tuve ojeras del cansancio
y miedo a la muerte del día.
Metido en los corrales
me lavaba la cara con leche de vaca.
En el bote de la leche me frotaba los ojos con la espuma,
y del cincho tomaba el suero destilado del queso.
Pasaba el día triste.
Ya no sabía alegrarme.

Desarmado

A la ciudad se debe entrar desarmado.
Nadie portará un doble corazón
con los ojos en el pecho.
El amor ya no es un puerto seguro.
Si vienes del campo
deja el hierro que cuelgas en la cintura,
si vienes del mar
deja el arma blanca salitrosa en el cajón de madera,
si vienes de un pueblo
trae la memoria de tus antepasados
con sus patios de café,
los corrales de chivo y ganado.
Trae un caballo,
y un gallo para que duerma en la torre de la catedral,
y Dios nos dé los buenos días.
La gente no necesita cuarteles,
si de allí vienes no entres a la ciudad,
todos los que portan armas son unos cobardes.

Manizales

En la calle del comercio se oyen pasos de caballos
cuando se unen los hombres que caminan con muletas.
Algunos llevan vendas en los muñones.
Hay una trinchera de víveres,
son quincallas ambulantes.
Sembraron minas en los campos
y el hombre inocente las tropieza.
En Manizales, los niños no quieren jugar a la guerra
para no pisar en falso en algún lugar del parque.
En el centro de la ciudad –simulando mi asombro–
los dedos no me alcanzan
para cifrar en una cuadra los lisiados.
Conocí a un campesino que se hizo pastor de cabras,
para no abandonar sus tierras y seguir ileso,
arreaba su rebaño por delante para recorrer sus predios.
De alguna cabra madrinera
solo pudo recoger la campana.

Frontera invisible

Nos fuimos al país más vecino en el mapa.
Cruzamos la frontera a caballo,
hicimos la travesía en cuatro días y descansamos
en hamacas colgadas en los montes.
Los caballos comen toda la noche
y descansan parados.
En dos grandes ríos,
montamos los aperos en canoas
y las bestias nadaron el Apure y el Arauca,
mientras le pedía a Dios, cuidara de ellos
y alejara algún caimán de su cauce.
El abuelo nos contaba que su padre le hablaba que,
a Ramón Nonato Pérez,
lo malogró un potro, días antes de la batalla
del Pantano de Vargas,
par de José Antonio Páez,
el de las Queseras del medio.
Por estos hombres la línea de frontera es invisible
y vamos en el viento recorriendo el horizonte
de uno a otro corazón.

Las migraciones

Cuando pasaban volando las migraciones
de pájaros, decíamos:
van a donde hay comida, van a las cosechas.
Pasaba una parvada de pájaros amarillos, negros,
debajo de ellos corría sobre la tierra una sombra oscura.
Mi madre se santiguaba.
Los espantapájaros se plantaban en la siembra
con su cara deforme y seria a proteger los granos.
Ahora los humanos están migrando
y ellos son la sombra de la decadencia
de la civilización.
Los espantapájaros están en los puentes
de las fronteras como muñecos perfumados,
con gases, precintos y peinillas para inutilizar su vuelo.
Cuando el agua migra de la mano cerrada
asemeja al hombre cuando escapa de sus captores
por las trochas, los caminos verdes, por los ríos.

El trópico

En esta tierra
tenemos una temporada de lluvia y calor,
mucha plaga en los jardines.
Otra temporada de verano,
mucho polvo en los caminos.
Esto es el trópico.
Hay un ánimo de boa y cocodrilo en el Orinoco,
el indio es un ser a la intemperie.
El sol amanece en el brillo del oro
y en la guerra.
En su lengua lo sonoro es un pájaro
que vive en el alma.
Hay un cielo de estrellas y nubes.
El nativo viaja de noche bajo las estrellas en la sabana
o viaja de día por la oscura selva.
Solo se ocultan del hombre que viene a El Dorado.

La piedra del medio

En el paso de Soledad vi el caudal de agua
más grande en mi vida a mis cuarenta años.
La piedra sentada sobre la arena y los guijarros
en el fondo del Orinoco.
La piedra del medio del universo.
La piedra de la memoria del hombre en el sur.
Con su piedra la nutria hace malabares
a los rayos solares que entran al rio.
Me recuerda: *La extracción de la piedra de la locura*
del artista Javier Téllez, en los pabellones
del Psiquiátrico de Bárbula.
Y de aquel hombre que perdió la enjundia
y su entereza en la carretera
que entra al llano de Arismendi,
como Dios lo trajo al mundo,
estaba amarrado por la cintura a una mata de teca.
En todos los caminos hay una piedra.
La piedra de la centella que abre en dos a un árbol.

*Adhely Rivero (1956, Venezuela) es poeta, editor y ensayista. Desde 1970 reside en la ciudad de Valencia, Venezuela. Su obra poética ha sido reconocida con numerosos premios. Los poemas aquí ofrecidos pertenecen a su libro *Frontera invisible* (2022), que incluye un prólogo de Carlos Yusti.